

JAIME LARA MELENDEZ

LA ELEGIDA

TERCER PREMIO CACERES DE
NOVELA CORTA

© JAIME LARA MELENDEZ

D. 1. CC - 97 - 1975 I. S. B. N. - 16.832

Imprenta LINEA XXI Aldea Moret – Cáceres

PRIMERA PARTE

En otros días, la luz

UNO

Lo siento respirar a mis espaldas, exhalando su vaho tibio, como un animal herido y encerrado, fatigosamente. No necesito volver la vista atrás. Me basta con cerrar los ojos para verlo ahí, tendido sobre su gran cama dorada.

Sé que me mira, pues siento sobre la nuca un pequeño dolor, algo que recorre mi cabeza como si una mano sudorosa quisiera posarse sobre ella. Pronto habrá de llamarme con una débil queja y yo tendré que pararme e ir hacia él, sin saber qué decir, sin encontrar una palabra de la cual aferrarme, con la cual romper esa delgada cadena que nos ata.

Por eso he de permanecer aquí, junto a la ventana abierta al campo. En silencio. Abajo, el viento próximo a las otras casas, y el camino y las demás cosas conocidas. Y el río. Se ven desde este agujero ó las presiento (los viejos sitios familiares, el camino, el río).

Mañana, cuando parezca todo distinto, estarán ahí presentes y podré recorrerlas de nuevo. Una misma palabra agotada que se pronuncia diariamente sin obtener respuesta.

Sobre la baranda, todo parece limpio como un recuerdo que quisiera penetrar en el cuarto con su luz y cegarnos; hacernos saltar los ojos, los suyos y los míos, un poco más cansados por la vigilia. Quisiera que alguien pasara cantando ahora por el camino. Así dejaría de escuchar el ruido acompasado detrás de mí, o se haría definitivamente el silencio. Pero la mujer está en las otras casas sin levantar la voz. Ya no canta y, si en algún tiempo lo hizo, hace años que guarda ese mismo silencio obstinado de todo aquello que cae bajo el peso de su voluntad. Envejecimos de pronto, casi sin sentirlo. Entonces calló, creo recordarlo, y se fue a las otras casas, como una exiliada. Yo me quedé aquí, cerca de la ventana.

-Hace calor.

-Sí, hace calor.

-Pero tendrá que pasar pronto. El verano no puede alargarse.

-No puede alargarse pero se prolonga demasiado. Nada distinto podemos hacer que esperar la lluvia.

-Quítate de la ventana. Aquí en la oscuridad se siente más. Deja que entre el aire.

-No hay viento. Además usted mismo me ordenó mirar hacia el camino. El calor ya pasará.

-Es cierto. Entonces dame los remedios.

-No es la hora. B hombre dijo que en la tarde. -¿Qué hora será? Mira en el reloj grande.

-El reloj no funciona desde hace dos días.

-Has debido ponerlo a andar.

-Usted tiene la llave.

-Tienes razón; yo la tengo, pero podías habérmela pedido.

-No es necesario. Es casi mediodía.

-¿No vas a comer?

-No.

-Entonces muévete de ahí.

-Miro al camino. Usted me lo mandó.

-Sí.

-No hable más. El hombre dijo que no debería hacerlo.

-Al diablo con el hombre. Yo doy las órdenes.

-Está bien, usted da las órdenes, pero ahora debe callarse. Duerma un poco. Yo miraré al camino.

Se calla. Pero continuará pensando. A fuerza de estar constantemente a su lado y más en estos dos días, he llegado a conocer también su silencio. Si se durmiera o de pronto llegara la lluvia, yo podría cerrar la ventana y marcharme. Pero está cerca de mí, sobre la cama dorada, mirándome. Sus ojos en mi nuca.

El río continuará seco, más abajo. Si la casa se levantara hacia atrás, entonces lo podría ver, sediento. Pero él está cerca de mí, da las órdenes y la casa nace o permanece sobre sus cimientos, aferrada, frente al declive menor, con sólo una pequeña parte del camino. No quiso siquiera que le sembráramos unos cuantos árboles. Por eso está ahí, corto, frente a la entrada en un cauce de piedras solas. Un poco más atrás y lo vería todo. Pero ahora ya es demasiado tarde.

-¿Duerme?

-No.

-¿Sabe? Tengo miedo. Una sola palabra suya y me largo. Si me dice que no mire más hacia el camino, me iré en silencio. A fin de cuentas para usted es lo mismo; seguirá esperando.

-Si me pudiera mover, sería distinto. Pero tienes que esperarla tú. Si supiera que estoy aquí, inmóvil, huiría.

-Usted sabría bien cómo o por qué detenerla.

-¿En realidad, crees que vendrá?

-Sí, vendrá.

-¿Ahora en la tarde?

-Sí. Ahora en la tarde. Usted lo dispuso así. -Si por alguna razón no viniera, tú irías en mi nombre por ella. Podrías incluso llevar el machete por lo que pudiera ocurrir. Tendrías que hacerlo por mí.

Sé que, lo haría. Como siempre, pues al fin y al cabo todo está determinado en esa forma. Moviéndome de aquí hacia allá, interpretando constantemente sus palabras, sus deseos. Prefiero que ella venga por sí misma; de todos modos deberá estar aquí al atardecer.

-¿Lo harías? Contéstame.

Su voz. Sí, su voz. No tendría otra alternativa. Iría por ella y la traería sangrando, si es preciso, para dejarla en sus manos. Después ya podría marcharme al Alto, sin mirar atrás.

-Contesta.

-Ya sabe. Lo haría. Ahora no hable más.

-Tienes razón; debemos esperar,

Por las ranuras y sobre las piedras del corredor se amontonan las hormigas. En las vigas, en el suelo, por la baranda de la ventana. Las veo venir, despacio, estúpidamente empecinadas por llegar. El niño juega cerca, con los ojos bien abiertos. Lo vi nacer, pero no recuerdo cuándo. Al principio pensé que sería hijo suyo. Pero él odia a la mujer. Un día envejeció y no quiso que ella volviera a cantar. Luego, sin esa posibilidad, la mujer se fue marchando poco a poco, y con la fatiga se olvidó definitivamente. Creo que todos nos olvidarnos un poco. No volvió a hablar. Sólo sus ojos vacunos y tristes, casi nublados. Ausentes.

Yo la ayudé en la mañana del parto. Cuando escuché sus lamentos de animal herido pensé que debería hacer algo por ella. El niño era tan pequeño que caí en la cuenta entonces de por qué ni el viejo ni yo habíamos reparado en él, cuando aún no había brotado a la luz. Sí, al principio creí que sería hijo suyo. Ahora no. El siempre ha odiado a la mujer, no sé si por su silencio o por su voz, y, además, el niño tiene los ojos muy claros y chicos.

Se acerca a mí y sonrío, abanicando el aire delgado con la mano derecha en la que falta el pulgar. Nació así. Al volver hacia atrás, pisa el camino laboriosamente trazado por las hormigas, cortándolo sin notario.

El viejo no duerme. El también espera sin prisas, seguro de que todo habrá de culminar tal y como debe ser, tal y como está previsto que termine. Sólo le resta aguardar a que principie el dolor en mis espaldas y entonces deseará que me tienda en la estera, cerca de donde él cayó la primera vez. Sé que quiere que me aleje de la ventana, para ver la luz. Aunque intentara ocultárselo, ya sabría si el dolor me da pequeñas punzadas. Pero yo esperaré aquí, sin quejarme. No tendrá entonces una buena razón para pedirme que lo mire a los ojos, al voltearme.

Cómo te han caído encima los años. Y a mí. Creo que hasta ahora no lo había notado, hasta ayer y hoy en que he podido contemplarte, como cuando eras pequeño y pegabas tu cara contra los barrotes de esta misma ventana y te concentrabas, durante horas y horas, en la lluvia incesante.

Ya ves en lo que han venido a parar estos largos años de encierro. Todo ha sido inútil. Tus esfuerzos por zafarte de ese algo que te ata a este lugar, por desprenderte de mí, por marcharte como acabaron haciéndolo los demás.

No te has ido porque aunque no desees aceptarlo, aun cuando te quieras quitar de la cabeza esta idea que te ronda como una mosca molesta, ella seguirá persiguiéndote a dondequiera que vayas. Así que creo que mientras estás sentado enfrente, dándome la espalda, esperando, observando el camino, piensas y sabes que éste es tu sitio, pues así estaba dispuesto desde siempre, desde antes de que hubiéramos llegado hasta las casas.

Te he visto crecer, esforzándote por alejarte, creando barreras que nos separaran. Buscando refugios en donde guardar tus cosas, fuera de la luz. Y para qué, si al final estamos tan cerca que tus brazos han pasado a ser los míos, que siento en mis manos la aspereza de la baranda como si tú la recorrieras o la apretases muy fuerte.

Tan unidos que tú vigilas para mí y puedo yo también ver a través de tus ojos toda las cosas tendidas bajo el sol, quietas.

Observas al niño jugar entre la hierba o más cerca, bajo el alero de la casa. Puedo escucharlo, saber además qué hace, conocer si se aproxima o si se aleja, por sus voces pequeñas que se cuelan hasta este agujero.

Lo escrutas. Quisieras encontrar en sus facciones algún gesto mío, algo que te confirmara o te permitiera de una vez por todas amarlo. Pero no. Está mejor así. Por eso, aunque ese día hubiera deseado gritarte que era mío, contestar a tus preguntas o súplicas, preferí callarme. Cómo habría podido responderte, si al hacerlo hubiera percibido tu triunfo interior, y así, algo más nos separaría.

No me he explicado jamás por qué diablos bajaste ese día hacia las casas y la ayudaste, si aun cuando quisiste mostrarte sorprendido, sé que llevabas una cuenta exacta y habías calculado el momento. Hubieras preferido interrogarme antes, pero tuviste la paciencia de esperar y así encontrar alguna justificación a tus preguntas.

Los cuatro dedos de su mano. Pasaron algunas semanas antes de que lo notara, tal vez cuando la mujer decidió salir de su cuarto y colocarlo al sol. He creído ver en esa falta del pulgar una señal de que más adelante, cuando tú y yo acabemos, ese niño habrá de continuar pegado como nosotros a las paredes de la casa, logrando lo que la mujer siempre quiso pero no logró nunca: ascender hasta la Casa Mayor. Seguramente, cuando eso suceda, ella volverá a cantar.

Alguien, también, dejará que crezcan árboles junto al camino, pues ya la casa nunca más estará amenazada, y no podrán servirles de refugio a las sombras que han querido sitiarla, destruirla.

Cuántas cosas podrán pasar por tu cabeza, durante estas horas de espera. Sé que preferirías irte al corredor. Así, cuando yo te llamara, no tendrías que encontrarte inevitablemente con mis ojos, al levantarte y venir hacia mi cama.

Es casi mediodía. Si hubiera salido del pueblo en la mañana, no debería tardar demasiado. Creo que llegará antes del anochecer. El estará contando las horas, los minutos, los segundos. No desea, tendido como está, perder la noción de tiempo. La imaginará entonces, en cada uno de los sitios del camino, sintiendo que cada vez la tiene más cerca y que, tal como yo, no tiene oportunidad de escapar, pese a que está doblado sobre el lecho.

-¿La viste el último día que bajamos? Se escondió en el fondo al oír nuestros pasos.

-Sí, la vi.

-¿Cómo te parece?

-Cómo me parece qué,

-Ella.

-¿Para qué me pregunta? Es usted quien la espera. Yo únicamente vigilo.

-Contéstame. ¿Cómo te parece?

-Es hermosa.

-Y qué más.

-Es hermosa.

-¿No te has fijado en su cuerpo?

-Sí.

-Te has fijado?

-Sí. Es hermosa.

-Ahora qué diablos te pasa. Contéstame.

-Nada. Simplemente le digo lo que pienso.

-¿Vendrá?

-Sí. Vendrá.

-Ella preferiría acostarse contigo. Eres más joven.

-Cállese.

-¿Te has acostado con una mujer, digo, desde que pasó lo de ella? No me digas que no. ¿Te disgusta? Dices que te parece bella.

-Cállese.

-Te disgusta. Ella ya está muerta y nada se puede hacer. Si quieres te digo que también era bonita. Pero aquel otro hombre y su casa y sus buganvillas.

-Cállese.

-Ahora, ¿tú gritas?

-No. Cállese. Es sólo que el hombre dijo que debería ser así. No debe hablar demasiado.

Se burla. Suelta un poco la rienda, afloja el freno. Sabe que no podrá ser y sin embargo me instiga para que hable, para que grite, para que piense que todo podría ser distinto. Pero él sabe que nunca ha de ser así. Piensa seguramente que aunque se muera, ni aun así podría yo huir.

El camino desde abajo, oculto, viene hacia las casas.

DOS

La plaza se ensancha bajo el sol, rebotando en las paredes blancas, o continúa hacia arriba, por el tronco pesado de la iglesia. O por los brazos de la ceiba del centro.

La sembraron antes de construir las casas. Después, a su alrededor, crecieron los muros, las tapias y las calles calurosas y angostas. Un poco menos de lo que aquellas gentes se atrevieron a soñar. El pueblo se detuvo unas cuantas cuadras más abajo, atrofiado. Así me lo refirió el viejo.

Sí. La plaza presente. La mujer se mueve nerviosa en medio de ella, atravesándola. En la casa de la esquina los hombres se callan bajo el calor. Podría retirarme, pero ella ya va en medio y ha de pasar muy cerca, al dejar atrás todo, el sol o el gran árbol. La veo venir y ha de pasar junto a mí. Puedo adivinar sus ojos semicerrados por la luz.

-Buenos días, señor alcalde.

El hombre, extremadamente pesado, pasa sudoroso y un poco deprisa, balanceándose sobre unas piernas que se me antojan demasiado cortas. No oigo sus palabras, contestando el saludo, Tampoco las palabras del viejo. Después los otros se ríen sin ganas.

En el atrio de piedra las voces infantiles se persiguen jugando y se confunden con el rumor de las demás, que regatean u ofrecen. Viene en medio de este mar blanco. Veo su cabeza erguida, deteniéndose, moviéndose despacio; aligerando después la marcha. En ella se presienten los ojos, ausentes, como en el día del camino, cerca del río.

-¿Nos vamos?

Y las palabras me duelen en los labios, como una quemadura. Yo quiero montar y alejarme, como aquella vez del río. Pero el viejo está a mi lado, bebiendo lentamente, recostado contra el muro de cal.

-Espera a que mengüe el sol.

No quisiera esperar. Los otros viejos respiran trabajosamente, transpiran, y el murmullo de sus voces me llega desde muy cerca.

-¿No te has vuelto a casar? Sales poco.

-No.

Y la barba blanca y el pelo blanco y los dientes y la cara de greda y todo lo que me atemoriza. Me toco por encima de la camisa para ahuyentar el miedo. El viejo que habló. El otro, desconocido, me mira sin creer. Espera que diga alguna cosa que desmienta sus palabras.

-¿Por qué no se ha vuelto a casar tu hijo?

-Es cosa de él. Yo lo dejo.

-¿Por qué no te has casado? En fin, el muerto, muerto está. Ya te están entrando los años.

La cabeza en el mar blanco desaparece un momento. Después la veo de nuevo, ya más cerca. Sale a la orilla y puedo mirar ahora su cuerpo delgado y moreno. Mido cada uno de sus pasos y el movimiento de su cintura frente a mí. Sus ojos casi cerrados por el sol. Oscuros. Tal vez me miran.

Los demás parecen haberla notado, con los ojos más viejos y apagados y las bocas jadeantes.

La mujer se acerca aún más, sin ataduras, como en la hora de su aparición junto al puente viejo. El día nuestro. Desde la sombra del alero todo parece flotar bajo el calor del mediodía: la torre, el árbol, el mar revuelto y vociferante, las voces que compran y venden, los murmullos.

El viejo parece haberla notado ahora. La sigue con los ojos y parecería que algo ha dejado de ser mío por completo. Siempre tuve esa sensación. De niño -ahora lo recuerdo- me marchaba en la tarde, cuando creía presentir que alguien iba a arrebatarme lo que me pertenecía; y caminaba por cualquier camino para alejarme, aun cuando después, inevitablemente, iniciara el regreso. Lejos, pensaba entonces en cosas que nunca existieron, fantásticas e imposibles, y las guardaba muy dentro. Así nadie podía conocerlas y con ninguno las debería compartir.

-¿Quién es?

-¿Quién?

-La que se acerca.

-No sé.

-¿No la has visto antes?

-No.

Y el otro hombre, el desconocido para mí, deseando mostrarse complaciente con el viejo. La mujer está a pocos pasos de nosotros. Con los ojos un poco más abiertos al llegar a la sombra, reteniendo la luz dentro, alta y ondulante.

-Es la de Antonio.

Reverente. Por un momento se calla, satisfecho de sus palabras y de sus buenos oficios.

-¿Cómo te parece? -Es bella. -¿Y qué más? -Nada más.

La mujer se aleja, siempre sobre el aire, por la calle de abajo, la empedrada; la sigo con la vista, deseando que desaparezca de una vez por todas. El viejo quisiera retenerla con los ojos. Después ya no es más que un pequeño punto muerto al angostarse la calle y perderse en los matorrales del camino.

-Monta -dice el viejo.

Guardo silencio. Los herrajes se rompen sobre el filo de las piedras, calle abajo.

-Ha dejado de calentar tanto, ¿no es cierto? -Sí, casi que podría llover.

No sé si el viejo recuerda. Ni siquiera si puede pensar. Tendido detrás de mí, sobre la cama de bronce, creo que deberá hacerlo. Yo cuento las seis maderas de la baranda, como cuando pequeño. El niño ha dejado de jugar y se ha marchado

-¿Hay nubes?

-Sí. El viento se ha quietado.

Y los árboles lejanos permanecen, como las casas, desde antes de nosotros. Más tarde aumentará el calor, a pesar de las nubes.

-Aumentará el calor.

El viejo no contesta. Yo quisiera que buenamente comenzara a hablar y hablar, sin detenerse. Hasta aturdirme y no sentir entonces el dolor de los pasos que se acercan. Pero no debe hacerlo. El hombre lo dijo.

-¿De veras crees que pueda llover?

-Usted lo sabe. Podría llover. Está terminando el verano.

Respondo y se me ocurre por un momento que el viejo ha perdido la voz y que sus palabras son otras voces más gastadas que se han colado por la ventana, junto con los retazos de luz, como en los cuentos antiguos. "Está perdiendo la voz", pienso. Y si él, todo él se debilitara tanto y desapareciera y la voz débil y él y todo se esfumara en la tarde, yo me marcharía. No sé adónde. Lejos. O tal vez no. No. No podría hacerlo. Me quedaría aquí, entre los paredones de la Casa Mayor, esperando, con el silencio de la mujer allá abajo, en las otras casas. Y con la delgada sonrisa del niño.

El niño. Se ha marchado. La mujer parece ignorarlo, o tal vez se acostumbra a sus partidas, sabiendo que se oculta en otro escondite, en cualquier otro rincón recién descubierto y ella juega también dejándolo, imaginándolo agazapado, pequeño, en la penumbra.

-Serán las dos.

-Tal vez.

-¿Sabes de la carta?

-¿Cuál?

-La carta de la ciudad.

-No. Cuando bajé por el hombre, ya todo estaba cerrado. Si quiere, podría ir hoy. Alcanzaría a regresar a tiempo.

-No. Quédate. Lloverá.

-No importa.

-Quédate. Tendrás que cerrar la ventana.

-Sí.

Vamos llegando despacio al frente. Empieza a anochecer. La casa está sola, al final de j camino, como si aquél necesariamente debiera terminar allí.

-El verano se alarga.

-No importa. Al fin ha de llover.

El viejo desmonta y entra. Yo me quedo afuera, arreglando las monturas, y viene entonces el grito -ahora lo recuerdo-, confuso, como un mugido, desde adentro. Yo permanezco. Continúo arraigado, una piedra más, como un tronco seco, en medio del torbellino de las hojas que comienzan a caer en una anticipación de la llovizna. Con los cabezales en la mano, sin quererme explicar a mí mismo de dónde proviene. Ni enterarme del minuto o la noche que no termina de pasar en mis oídos.

El aullido, o pequeño grito, se levanta, se estrella contra todo, se ensancha. Pero yo permanezco erguido.

Después aquello pasa y el viento vuelve a correr y el silencio a cantar o hablar en las cosas, cuya proximidad siento.

Entro despacio por los corredores, con los tablones crujiendo bajo las botas. Entro despacio y lo presiento o adivino. Me detengo en el salón externo, en donde se encuentran los retratos sucios y desconocidos. Me parece que no está tan solo con aquellas miradas fijas, viejas, ocultas por el polvo de unos cuantos años. Pienso: "no hemos debido venir nunca."

Y no sé exactamente si en realidad llegamos hasta este sitio en alguna época ó si únicamente brotarnos aquí, de la tierra o el aire. En la alcoba grande, la de la ventana -mi ventana-, está él, tendido; se queja débilmente, casi sin sonidos, con un gesto que no comprendo en los labios. Creo que es una maldición.

Por la ventana abierta entra el viento, asomándose, cubriéndonos, cuando me inclino sobre su cuerpo. Afuera, el agua escasa, muy abajo, continúa corriendo libremente. Desde las casas de abajo, la mujer viene con el niño riendo o persiguiendo el aire.

El viejo, sobre el piso de estera, me mira casi con sorpresa. Va a hablar pero el movimiento de sus labios es sólo una mueca absurda.

-No hable. Yo iré.

Lo levanto y me parece que así se ha empequeñecido. Al verlo en pie, cerca de mí, había creído firmemente. Y ahora al cargarlo hacia su cama dorada siento la osamenta, muy frágil, bajo las ropas.

Salgo afuera y ha anochecido. Por el camino, las sombras se repiten y el silencio es mayor. Casi que siento miedo, con el viento que me golpea en plena cara. "Es un descendimiento", pienso.

TRES

Al rozar con la mano la baranda, siento su aspereza quemándome. Lo he hecho muchas veces, en todo tiempo. Sólo que ahora se encuentra más vieja y cansada. En su centro está la marca. Toco por un instante aquella herida que al fin ha cicatrizado con el roce diario. La hice un día cualquiera, con la punta de un cuchillo. Pero no recuerdo por qué.

-Alcanza los remedios.

-No es tiempo todavía. Más tarde. Ya ha tenido suficiente en la mañana. Por la tarde deberá tomarlos de nuevo.

-Sabes que por la noche no podrá ser.

-No importa. Por la noche. El hombre lo ha prescrito así.

-Entonces los alcanzaré yo.

-No. No debe moverse.

Volteo la cabeza y lo puedo ver, recostado sobre el lecho, como un viejo árbol vencido. Tengo la sensación de encontrarlo por primera vez, así, con ¡Os ojos hundidos en la penumbra. Hace un esfuerzo por levantarse y su boca se tuerce con el mismo gesto de hace poco. Después se doblaba. Sin fuerza.

-No debe moverse.

Y vuelvo a mirar al campo, grande y abierto como una promesa.

-¿Que no debo moverme? Tú me levantaste ese día, pero bien podría haberlo hecho por mí mismo como ahora, con sólo un poco más de esfuerzo,

-Lo sé Pero antes de ayer no hubiera podido hacerlo.

-Ese día o cualquier otro.

No he logrado precisar cuánto tiempo duró aquello. Recuerdo que desmontamos en el patio y él tomó mi caballo por la brida, en esa especie de ceremonia diaria que los dos hemos establecido, desde los días en que comenzó a acompañarme. Crucé por el corredor, en el cual todavía hoy debe notarse el barro de las pisadas, y llegué hasta aquí.

Entonces vino ese dolor, un alfiler envenenado sobre el pecho, esa herida que no sé si ha cerrado. Debí de gritar. No lo recuerdo. Tampoco el estampido, o la descarga, ni la lluvia de cristales que debió de caer hasta la estera, mientras las paredes comenzaban a girar en torno mío. Sólo sé que al abrir los ojos estaba tendido sobre el piso sin poder moverme.

No sé si sentí miedo. Pero sí aquella soledad cubriéndome, sin remedio, la Casa Mayor vacía, las de más abajo también, como si todos, inclusive yo, hubiésemos terminado de marcharnos en ese instante. La soledad y el vacío de los años pasados, no vividos, pues sólo fueron simples espacios de tiempo pactados, treguas, nuevos comienzos.

La mano apretándome fuertemente la garganta. ¿Era la mía? Me asfixiaba; sentía su presión cortándome el aire, las uñas arañando, hundiéndose en la piel. Era una mano extraña, ó era la mía que se desesperaba tratando de arrancar algo enroscado en mi cuello, otra fuerza que no cesaba de aprisionar.

El debía de continuar afuera, en el patio. Comencé a contar lentamente. No sé cuánto, uno, dos, tres, cuatro, cien, queriendo poner en marcha sucesiva los minutos, deseando que se decidiera por fin a entrar en la casa, que terminara de llegar hasta el cuarto y ahuyentara así, de una vez por todas, los fantasmas que principiaban a rondar dentro de mis ojos. Y la soledad.

Pienso que debí de gritar, pues él apareció frente a mí, aunque no había logrado escuchar sus pasos acercándose. Creo que aquel día me pareció más fuerte, desproporcionadamente alto, tendido a sus pies mientras me miraba. Diferente y no como ahora, un pobre hombre en silencio, acodado en la ventana, con la cabeza doblada en la que comienza a escasear el cabello y de la cual se escapan también algunos mechones grises, mal disimulados.

Supongo que había estado esperando pacientemente ese momento. Algo creí notar en sus ojos, cuando se agachó sobre mí. Su triunfo, la confirmación que cree habrá de darle nuestro final. Me levantó de; suelo y me colocó en la cama.

Dijo que él iría por el médico. Pienso que algo logré advertirle para que nadie allá abajo se fuera a enterar. No recuerdo. Después se marchó.

Esas largas horas de soledad tratando de adivinar entre los débiles sonidos de la noche, presintiendo el ruido de los cascos o la respiración agitada de los caballos, como la mía casi, mientras por la cabeza continuaban pasando las imágenes que siempre quise sepultar, tantos recuerdos, llanto o palabras de las que creía haberme olvidado y que sin embargo esa noche regresaban, como en ciertos sueños que de cuando en cuando y con cierta regularidad me acorralan.

Al fin regresó con Morales. Creo que para él debió de ser muy importante traerlo, hacerlo por mí. Pienso que fue algo así; como si yo mismo hubiera ido hasta el pueblo y lo hubiera arrastrado hacia nuestra casa.

El hombre se acercó a mi cama; estaba atemorizado, confundido. Mientras procuraba hablarle, darle instrucciones, ordenarle y él, a su vez, intentaba examinarme y decirme cuándo debía tomar los remedios, sentí su tufo de aguardiente. Mi hijo estaba de pie, a su espalda.

-No. No debe moverse.

-¿Lo dices tú?

La voz crece de nuevo y me parece que todo lo anterior ha sido inútil. Pienso que detrás de mí, jadeante o con una ligera mueca sobre los labios, el viejo es el mismo. Y que nada ha cambiado. Yo continúo en la ventana esperando por él, sintiendo que todos los intentos que haga por evadirme de la sombra a mis espaldas no habrán de conducirme a ningún sitio, metido en este laberinto en el que todos los senderos son idénticos, los lugares iguales a aquel del punto de partida.

-Lo dice el hombre.

-Lo dices tú,

-No.

-O lo piensas. Crees que podrás levantarme nuevamente ó que te ha llegado la hora de tomar las riendas. O que no podría pasármelas sin ti.

-No. No creo eso.

-O tal vez que ahora tú dirigirás. Te imaginas: "El viejo empieza a declinar."

-Usted sabe muy bien que no es así. Únicamente pienso que está enfermo y que no debe moverse.

-Quieres mandar.

-No.

-Pero lo has deseado alguna vez.

-No.

-Lo has deseado. ¿Por qué?

-No; lo respeto. Nada más.

-Lo has deseado o al menos has sentido la tentación en algún momento. Te habrás dicho: "El viejo tendrá que caer." Y piensas que ahora es tu oportunidad.

-No. Usted sigue ordenando.

-Sí. Yo mando; también ahora.

-Pero cállese. No debe agitarse. Estaremos aquí esperando. Cierre los ojos.

-Tú también los cerrabas. Y yo estaba cerca de ti.

-Hace tiempo.
-Somos sólo tú y yo, ¿no es cierto?
-Sí.
-Como desde el comienzo de las casas.
-Sí.

Al dejar de hablar, Sólo se nota su respiración un poco agitada. La mía parece haber desaparecido. Quisiera que alguien se acercara y pudiera escucharla. Me llevo la mano al pecho y me sorprende de no oír que palpita muy despacio.

Hemos sido los dos, en estas casas ó un poco más abajo, cerca del río. Alzo los ojos y comprendo que afuera todo ha crecido desmesuradamente al desaparecer el sol por un momento. Las montañas conocidas se agigantan ó el cielo se aproxima más a ellas bajo la masa gris de las nubes. El -no sé cuándo- me dijo: "Alguna vez iremos allí." Yo pensaba que estaban tan cerca que las podríamos tocar. Ahora siento el deseo de alargar los brazos y abarcarlas. Sobre los pinos, más cerca, se mueve un aire pegajoso y oscuro. Un aire. Un aire.

("-Duérmete ya.
-No tengo sueño. -Cierra los ojos.
-¿Iremos mañana?
-Alguna vez iremos allí. Pero ahora duérmete. -Alguien pasa afuera.
-Sí.-¿Quién?
-Serán las gentes de arriba. Cierra los ojos. -Se ríen.
-Sí.-¿Los podría callar?
-Sí, pero ahora duérmete. -No tengo sueño.
-Te cerraré la ventana. -Bueno.")

Después los pasos se fueron, solos, hacia otros sitios. Y la ventana se cerró. La hubiera preferido abierta. Sobre los ojos se descolgaba una nube, una cortina roja. Afuera ya no se movía nada. Solo la noche. Cuando me desperté las voces se acercaban más. No alcanzaba a entenderlo pero me parecieron gritos que venían, apagados en un principio, luego más claros, pero siempre con palabras confusas y perdidas.

Habían regresado y lo llamaban. Como en los sueños. Con los ojos abiertos en la oscuridad sentía o pensaba que estaban muy cerca de mí, llamándolo y él sin poder responderles.

Entró en el cuarto un momento y me miró. Yo supe que me había mirado a través de la penumbra, pues sentía algo así como una caricia: su protección. No dijo nada y volvió a salir. Los gritos arreciaban. Entonces no lo imaginé siquiera, pero ahora creo que debió de sentir miedo o, como hace dos días, la soledad.

Las voces lo llamaban. De pronto parecieron callarse, pero al mismo tiempo comenzaron los golpes en la ventana. Yo no sabía si eran las mismas palabras o los gritos los que pugnaban por derribarla. Pensaba que si cedía ante la fuerza de los sonidos, todo iba a caer dentro para rodearme.

("-Alguien pasa afuera.
-Sí.
-¿Quién?
-Serán las gentes de arriba. Cierra los ojos. -¿Se ríen?
-Sí.
-¿Los podría callar?
-Sí, pero ahora cierra los ojos.
-No tengo sueño.")

Apretaba los ojos con fuerza. No lloraba. Me decía a mí mismo: "las gentes de arriba", y las veía en sus mulas grandes y negras acercarse. Al fin los gritos o los golpes cesaron. Tan de repente que creí que el suelo o la tierra se habrían abierto para sepultarlos.

-Te cogí, desgraciado.

Ahora, se oía la voz de él. La voz de él. No entendía por qué si ya las otras se habían marchado.

-Te voy a despellejar, desgraciado. -No me mate. -¿Y los otros? -No sé.

-Los del páramo. Te voy a matar, desgraciado. -No me mate.

Después nada más. Una pequeña queja. Tan pequeña que podría confundirse con la noche, cuando se cerraba la ventana.

Las nubes se van haciendo más espesas y chocan arriba. Podría llover. Creo que el viejo piensa lo mismo y se desasosiega. Adentro, en el lugar en que se encuentra tendido, ha oscurecido un poco más. En la penumbra su respiración fatigada parece acrecentarse. Sólo un momento.

-¿Alguien te vio llegar al pueblo, cuando fuiste por el hombre?

-Creo que no.

-¿No te cercioraste?

-Sí, me aseguré. Creo que nadie lo notó. Ya todos se habían encerrado en sus casas. El no quería venir. Alegaba que ya era muy tarde.

-¿Y al volver le advertiste que no dijera nada? -Sí, se lo advertí.

-¿Crees que habrá hablado?

-No.

-¿Y si hubiera hablado?

-Se lo advertí.

En el pueblo, todos se habían ido hacia adentro. Si hubiera llegado otro distinto de mí, habría creído seguramente que se ocultaban. Al llegar a la plaza y cruzarla y al detenerme frente a su casa ya no sentía miedo, pero me di cuenta de que todavía temblaba.

(-Venga -le dije. -Es muy tarde- Venga.)

El hombre me siguió camino arriba. Pensé que él también debería presentir, imaginar las consecuencias de aquel viaje.

-Si alguien lo hubiera sabido, entonces ella podría escapar.

-No.

-Allá abajo dirían que todo se está acabando. -No. De todos modos vendrá.

-Tienes razón. Si alguien se hubiese enterado, entonces ya se habría presentado aquí, con los demás, a mirarme.

Creo que calcula la posibilidad de que así ocurra. Pienso que, tendido, ha estado esperando mucho más tiempo. No me atrevería a imaginar qué teme ó qué tememos todos.

-Recuerdo que no se sorprendió cuando hablamos con Antonio.

-Huyó.

-Y Podría huir ahora.

-No.

-Sus ojos estaban quietos, como si lo hubiera deseado.
-Podría ser así.
-¿Querrá?
-No sé.
-Tú lo crees?
-Ya se lo dije. Pero no tiene importancia; en todo caso habrá de venir.
-Sí, vendrá quiéralo o no.

Ella huyó hacia el fondo. Podría haberlo deseado ó no. Pero hoy no tendrá adónde huir y eso es lo único que importa. Ha de llegar en la tarde, sus ojos casi cerrados por la luz. Mañana todo será distinto.

El viejo se calla de golpe, y en el mismo silencio de este instante ó de hace tiempo, se quedan temblando aquellas cosas que nunca nos dijimos y de las cuales no hablaremos jamás. Yo quisiera que se rompiera el hilo invisible para irnos, no sé hacía dónde, pero ya y de una vez para siempre. Está en silencio, quejándose o respirando. Y todas esas cosas perdidas llegan por la ventana abierta, por las puertas centrales, inundando la casa.

Sí. La plaza y el sol se dilataba en ella como un gran río que desembocara justo allí. La mujer se movía sobre aquel mar de contrastes, ligera y suave. Yo hubiera querido alejarla, llevarla fuera, hacia una vida secreta, como en la infancia, cuando guardaba dentro aquellas cosas creadas por mí en la soledad.

("-Buenos días, señor alcalde.")

Las voces a mi lado, o las risas, o los rostros desaparecían, se transformaban en una masa gris y desconocida. Ella, con la cabeza joven y erguida, parecía tener vida real atravesando el delgado cristal de aire. Nadie podía notarlo, únicamente yo. Por eso quise marcharme.

"Vámonos", dije y ahora lo recuerdo. Pero el viejo estaba allí, arraigado, sin comunicación, tal como hoy. Yo pensé que me había sonreído o que sus ojos sorprendidos por la luz de mediodía, se habían fijado en mí, como en el río.

("-Vámonos. -Espera a que mengüe el calor.")

A mis espaldas, sobre la cama, el viejo continúa en silencio. Parece que quisiera dejarme solo con estas cosas pasadas, o desea que la ventana permanezca abierta para que lo que se extiende afuera pueda penetrar libremente. Luego se queja. -¿Le duele?

-No.
-¿Le alcanzo los remedios?

Y regresa el silencio. Arriba el sol constante, sin término. Ella por la plaza, como una vela alta y lejana viniendo, regresando. Después todos la notaron y algo dejó de ser mío. Yo había dicho: "Vámonos", casi como una queja o una protesta.

("-Es la de Antonio. -¿La has visto? -No.")

Y ese recuerdo del puente viejo, cantando muy quedo, al igual que aquel día, el de la voz y la imagen reflejadas en el río. El canto sobre el agua, deslizándose. Ese día no levantó la vista y yo me marché despacio, temeroso de que alguien más viniera por el mismo camino.

("-¿Quién es? -¿La has visto?")

Ella se perdió por la calle de abajo. El viejo la seguía con los ojos.

"-Monta" -dijo.

Más tarde todo desapareció, como en los días del regreso. En este instante el viejo calla, detrás de mí, doblado como un árbol por la fuerza del viento, respirando con dificultad. Esperando. Yo deseo, frente a mi ventana abierta, que nazcan las palabras ó que, simplemente, el canto se reinicie en las Casas.

CUATRO

No deben enterarse. Por ningún motivo. Espero que Manuel haya sido lo suficientemente claro con el medicucho ese. Confío en que a mí también me haya entendido a pesar de que sólo logré articular unas palabras que todavía no alcanzo a recordar completamente. Pese al dolor, espero que mi gesto fuera inteligible y él comprendiera que no debería hablar de esto con nadie. Sólo que el aguardiente le suelta la lengua y algunas veces yo mismo he tenido que callarle. Sin embargo es tan cobarde, tan apegado a su menjurjes, que estoy casi seguro de que no se atreverá.

Si la carta hubiera llegado, todo cambiaría. Supongo que será bastante explícita y que contendrá las instrucciones necesarias. También algo de dinero. Se creen que es fácil sostener el estado de cosas día a día, sin que una parte de nuestro sistema se resquebraje. Por eso, convendría igualmente que anunciara la visita de alguno del Directorio. Causaría buen efecto su figurota de prócer, como en otras oportunidades, vociferando sobre el balcón de la Alcaldía. Esas gentes verían claro entonces que todo habrá de continuar. Que nada cambiará.

No me acuerdo de si esto también lo solicité, pero ayudaría bastante y espero que lo comprendan. Qué otra cosa puedo hacer yo ahora, encerrado, disminuido sobre mi cama y con ese pobre hombre sentado frente a la ventana.

-¿Es muy importante para usted que venga?

-Sí, es importante.

Las paredes de la casa, blancas, ocultando muchas cosas que nadie nunca habrá de saber. No se doblan ante nada. Parece como si el tiempo, en lugar de inclinarlas sobre sí mismas, las hiciera crecer, las fortificara, al igual que los pinos de arriba, permanentes, siempre en verde, elevándose más y más.

Es como si esas grandes paredes blancas se hubieran agigantado sin que pudiéramos notarlo y en un tiempo y hoy y mañana nos encerraran, cortándonos los caminos.

-Siempre ha sido así.

-Siempre.

En la época de los vientos, la pared más antigua se desplomó a causa de toda la fuerza ejercida contra ella. Yo la sentía así, anterior a todas las demás, pues le veía crecer sus grietas, blandas arrugas, por las cuales se asomaba poco a poco el tiempo, transformado en delgados hilos de hierba. Cuando cayó, ambos la levantamos, pisando, mojando de nuevo la misma tierra que la formara, como en un rito. Después volvió a crecer y a fortificarse. Renovada.

-Siempre.

-Sí. Lo recuerdo.

-Aun hoy, inmóvil, podría hacerlos temblar. ¿No crees? Se inclinan y saludan temerosos, cada vez que pasamos. ¿Te has dado cuenta? Ha sido mi voluntad.

-Pero ahora nos empequeñecemos. Hemos envejecido demasiado.

-¡Maldita sea! No nos debilitaremos jamás ante ellos. Ni yo para ti, a pesar de que estemos aquí juntos.

-Para mí.

-Sí, para ti. Tú también debes obedecer. Cuando me muera, ya tendrás tiempo de ocupar mi sitio.

-Le obedezco.

Le obedezco. Sin decir una palabra, sin levantar los ojos, sin apretar los puños. Todos. También los de abajo.

En un principio pensaba en el porqué, pero de eso hace ya mucho. Creo que casi lo he olvidado. Sólo que los años pasan más despacio cuando se ha doblado la cabeza y únicamente se puede contemplar la tierra. No sé si los demás piensen lo mismo: que ya es irremediable. O si también se habrán olvidado.

-¿Crees que se podrían rebelar al verme así?

-No. No creo.

-Pero lo temes. ¿Por qué?

-No sé. Simplemente lo siento.

-¿Y si pensarán que ya no deben obedecer y se buscaran otro?

-No lo harán.

-¿Por qué no podrían hacerlo?

-No lo harán. No sé. ¿Usted también lo teme? ¿Cree o piensa en la posibilidad de que sea así?

-No. Únicamente te lo pregunto. Pero no lo creo.

-Pregunta y cada vez que lo hace parece temblar, como su voz. Siente que podría ocurrir. Yo tengo miedo, pero usted también lo teme.

-No.

-Lo ha preguntado varias veces durante las horas que llevamos esperando. Me pregunta si pienso que los otros se rebelarán; me encargó para que el hombre no fuera a decir nada de lo suyo en el pueblo; quiere saber si creo que la mujer ha de venir.

-Ella vendrá,

-Puede ser.

-No. Será así, porque es mi deseo.

-Tiene razón. Ella vendrá.

Ella vendrá. Ella y las letras al decirlas ó pensarlas, se estremecen un momento para luego estallar fuera, llenándolo todo, cubriendo nuestras cosas ó las demás palabras que podríamos pronunciar. El teme. Se da cuenta de que el mundo que hemos construido alrededor de estas casas se está terminando. Pero aun así, aun si aquellas gentes se levantaran y vinieran hacia aquí a reclamarle, yo no podría hacerlo, ni siquiera despegar los ojos del piso. Es demasiado tarde. O, tal vez, aún sea tiempo de marcharme. Si todos se levantaran sería posible abandonarlo. No. No podría. No quiero pensar.

-¿Estás cansado?

-No.

-¿Ella te gusta?

-¿Quién?

-La de Antonio.

-No me he fijado.

-La esperamos los dos. Te gusta.

-No. Usted la espera. Yo me limito a obedecerle.

-Hace un rato pensabas lo contrario. Me dijiste que te parecía hermosa.

-Hace un rato.

(Ella en medio de la plaza. En medio de ese mar revuelto. Emergiendo. Viniendo siempre. O en el río, acurrucada junto al agua, mirándose en su espejo. Ella en la plaza, o en el puente, junto al río.)

-Te acuerdas de lo que te preguntaron alguna vez en el pueblo?

-¿Qué?

-Por qué no te habías vuelto a casar.

-Usted lo sabe. Ella está muerta y no es cosa de reemplazarla.

-Pero hace ya bastante tiempo. ¿La de Antonio te gusta?
-Le dije que no me he fijado. Tan sólo me parece hermosa. Nada más.
-Te molesta? Ella ya está muerta y si nos oyera hablar de esto, de seguro le importaría muy poco.
-Usted tiene razón; está muerta. Déjela en paz.
-En paz está.
-¿Qué quiere decir con eso?
-Nada. ¿Te ofende?
-Está muerta, ¿no es eso?
-Seguramente, si así lo quieres.
-Es así. No hay para qué hablar de eso.
-Sabes que no.
-Está muerta. Usted me acompañó ese día. ¿O es que ya no se acuerda?
-Tú sabes que no es así. -Está muerta.
-Bueno, tal vez tengas razón. Esa es, en cierta medida, una manera de marcharse.
-Está muerta.

Me destruye. Se complace en hacerlo. Sabe y siente que podría ser ó no ser así, según sea la forma en que se le quiera ver. Yo no hubiera deseado hacer absolutamente nada. Esa es la verdad: la verdad frente a lo nuestro. El la conoce perfectamente, pero me agujonea para que yo lo recuerde, para oírlo de mis labios, como si de esa manera él pudiera escapar, como si no hubiese participado y se liberara de aquel mal sueño.

El niño ha regresado junto a la ventana y se ha puesto a jugar de nuevo. Camina con cuidado por la hierba y coge con los dedos los animales que saltan sobre ella. Después da una vuelta hacia mí, sonriendo siempre. Lo llamo: "Ven." Pero parece no escucharme y sigue jugando, un poco más lejos.

-¿A quién llamas? -Al niño. -¿Qué hace? -Está jugando.

El día en que nació yo bajé a las otras casas. La mujer se quejaba y sus lamentos se podían oír desde el patio. Bajé y lo ayudé a nacer.

-Seguramente tratará de atrapar grillos en la hierba.
-¿Usted se había fijado en eso?
-Alguna vez yo también lo hice.
-Atrapa los grillos con los dedos y después los bota al aire.

Nació así, sin el dedo pulgar. Noté el defecto casi inmediatamente. Después se lo dije a la mujer, pero ella permaneció indiferente.

-¿Y los puede atrapar?
-Sí. ¿Por qué?
-Por lo del dedo. El que tú le cortaste.
-No lo hice. Nació así.
-Sabes que no es verdad.
-Nació así. Usted no estaba y yo ayudé a la mujer aquel día.
-La odiabas, ¿no es cierto?
-No. ¿Por qué habría de hacerlo? No tenía una razón.
-La odiabas. Creías que era mío. Entonces le cortaste el pulgar y esperaste a que regresara para ver lo que yo podría decir.
-No.
-Todavía te complace pensar en que yo creo que tú lo hiciste. ¿No es eso?

-No.

Lo alcé entre mis manos y lo llevé al río, abajo. Más tarde se lo traje a la mujer, limpio, los Ojos bien abiertos. Creo que ella no comprendía nada, no sabía por qué la había ayudado. Yo mismo no lo entendía, ni creo entenderlo hoy.

-No podrá pescar grillos entre la hierba.

-No lo hice.

-Bueno, no importa. Tú lo sabes mejor que yo. Es sólo que pensaste que era mío.

-Está bien. Lo pensé.

-Y lo odiabas. ¿No es así? Siempre te han preocupado todas estas mujeres. Quizás porque tú no has querido tener otra, después de ella.

-No me preocupa. Son sus cosas. Yo tengo las mías.

-¡Maldita sea! ¿Cuáles son tus cosas?

-Mejor será que se calle. Hemos vuelto a hablar demasiado y se fatiga. Descanse. Procure dormir un poco.

-Está bien.

No me ha preocupado nunca. Pero no quiero que lo abarque todo, como algo viscoso, que asfixia, una hiedra creciendo siempre, una lama, una mancha de aceite sobre el agua. No me ha preocupado, pero ese día sí.

Cuando pasamos el cañaveral del alto, él la descubrió cerca de la casa de bareque. Yo la había visto muy pocas veces y aun en este tiempo casi que no he vuelto a saber de ella. Tal vez se ha marchado. La vio y me dijo: "Vamos."

La mujer parecía no haberse dado cuenta, ocupada con algo en el suelo. ("-Todos deben andar en el otro campo." "-Sí.")

Cuando nos acercamos más a la choza, la mujer nos miró. Yo tuve la impresión de que ella lo conocía o sabía de él desde antes. Alzó la vista. Tenía unos ojos muy feos y tristes. Alzó la vista y se metió rápidamente en el rancho, dejando las cosas en que trabajaba, abandonadas. Pensé que era muy joven, casi una niña. Cerró la puerta. Creo que tenía miedo.

"-Espérame" -dijo el viejo, y se fue hacia la choza. Yo tenía el caballo de la brida. "Abre", gritó.

Pero la puerta continuaba cerrada. Siguió gritando. Después empezó a golpearla con las botas y con todo el cuerpo. "¡Abre!", gritaba. La puerta permanecía cerrada pero temblaba por los golpes. Yo hubiera querido marcharme, pero él había dicho: "Espérame."

Sobre el piso de tierra estaban abandonadas las cosas. La puerta cedió al fin bajo los golpes. En aquel tiempo no lo sabía, pero creía entenderlo, o lo intuía en medio de la niebla que nos rodeaba.

En el cañaveral de arriba habíamos oído murmullos y ruidos animales bajo un cielo fresco, mezclados con el rumor del viento entre las hojas. "Todos deben andar en el otro campo", había dicho.

De adentro salían al principio los gritos, agudos o sin esperanza. Luego se fueron apagando poco a poco, en una renuncia, y al fin se callaron definitivamente. Más tarde él salió. Yo recordaba todavía los ojos inútilmente tristes. Y lo mismo que la, primera vez, me dijo: "Vamos." Y nos fuimos alejando.

No creía saberlo pero lo intuía. No me importaban sus cosas. Al fin y al cabo eran las suyas. Yo tenía las mías y muy dentro. Esta era la única posibilidad que me había quedado, después de tanto tiempo. No me importaban sus cosas, pero aquel día sí. Ese día sí.

Tenía que suceder de esa manera. Nadie nos lo dijo; ninguno corrió a contárnoslo, pues en cierta manera gozaban con ello, se sentían liberados a; pensar que uno de los suyos se había atrevido, que alguien nos hería a través de esa vergüenza. No nos lo dijo nadie, esperando que no lo supiéramos y así prolongar el engaño.

Pero algo debimos de advertir en su actitud, en sus últimos ademanes, en esa forma de quedarse mirando las montañas desde el corredor de la entrada. En su silencio.

Así que no hubo necesidad de que él o yo lo comentáramos. No cruzamos una sola palabra, ni el uno le insinuó nada al otro. Creo que poco a poco nos fuimos dando cuenta, porque en aquellos días, más que en cualesquiera otros del pasado, esquivábamos la mirada, nos disgustaba encontrarnos a solas y mirarnos a los ojos.

No me sorprendió que todo sucediera de esa forma. El se levantó muy temprano y ensilló los caballos por su propia cuenta, sin que yo se lo ordenara. No me pidió tampoco que lo acompañara, pero ambos nos encontramos en el patio, como si lo hubiéramos acordado, una cita que debíamos cumplir sin decírnoslo.

Más abajo, se adelantó un poco. Yo dejé que lo hiciera, aun cuando no era lo acostumbrado, porque creo que entendía lo que le estaba pasando y porque, de alguna manera, en su caso yo hubiera hecho lo mismo.

Cuando pasamos por el primer puente, se había alejado aún más. "Espérame", le grité, pero parecía no oír mi voz, metido bajo la ruana, balanceándose frente a mí sobre su montura, apurando el paso.

Pensé, creo, que las cosas hubieran sido bien distintas si ella le hubiese dado un niño. Pero estaba horra, vacía, con sus silencios cada día más obstinados, encerrada en su habitación.

Lo vi. detenerse frente a la entrada de la casa. El hombre se acercó desde la puerta y algo dijo. No alcancé a distinguir sus palabras. Pero él no respondió. Esperaba, así me pareció, a que yo acabara de llegar.

Cuando estuve al lado desmontamos. El hombre sonreía, sin comprender. El se le aproximó, levantó el machete y lo dejó caer con toda la fuerza sobre su cabeza. El otro se tambaleó un momento y se desplomó. No oí que se quejara, pues volvió a levantar el machete muchas veces, soltándolo con rabia, sobre su cara, sobre los brazos inermes.

Creo que en ese momento hubiera deseado detenerlo, decirle basta, decirle que yo hubiera querido hacerlo por él, para que no se manchara como yo. Como si quisiera salvar en él una parte de la Casa que aún se conservara intacta. No le dije nada; lo dejé, simplemente. Hasta que pareció agotar todas sus fuerzas. Ya habíamos tenido bastante.

Por el camino de regreso, creo que debió de llorar. Al menos, alcancé a ver cómo se pasaba la ruana por la cara y se agachaba un poco más el sombrero.

También a la Casa Mayor llegó primero. Mientras soltaba los caballos me dijo: "Ayúdame."

Finalmente fuimos sacando de la habitación todas sus cosas hasta formar con ellas una pila en el patio y les metimos fuego. Continuamos allí, en silencio, rodeados por el humo.

El niño continúa jugando y la tarde parece haberse detenido completamente. Las nubes se alejan un momento para que el sol regrese y luego se vuelven a unir, formando un casco gris y ausente. Quisiera poder verlo en este momento, pero sin tener que girar y encontrarme con sus ojos. Sin que él pudiera imaginar por qué he vuelto la vista. Sin que me preguntara.

CINCO

Íbamos siempre juntos. Pensaba que llegaría a formar parte suya, como un brazo ó una mano y que en el día final seríamos uno solo. Acabarían por reducirse las distancias y terminaríamos en el encuentro; en el sitio de partida. Lo pensaba y aun cuando no lo deseaba, tampoco sentía miedo alguno. Algo de tristeza sí. Me había dicho: "Algún día iremos allá." Esa mañana me llamó:

-Vamos.

-¿Adónde?

-Monta y no me preguntes nada. Es tarde.

Después nos fuimos por el camino antiguo. El no hablaba, miraba al frente, con los ojos más duros que de costumbre, bajo el sombrero.

-¿Por qué tan temprano? Todavía no es tiempo. Los hombres no vendrán hasta la tarde.

-Ya te dije que no preguntes. Tenemos que ir y basta. Ya comprenderás.

-¿Adónde?

-Cállate.

Íbamos más rápido. Más rápido. Hasta hacerles brotar sangre y espuma a los animales, con el golpe del tacón en la panza. Antes de llegar, con voz oscura, con voz negra, me fue contando todo. Paró el caballo para hablarme. Creo que odiaba, pero no sentía tristeza como yo. Y no terminaba de amanecer, detenidos en ese camino que nos era familiar, en la bruma. Luego, reiniciamos la marcha. Algo me dolía muy dentro.

El hombre estaba junto al portal. Creo que era su casa. Tenía enredaderas y grandes buganvillas al frente, bordeando una cerca de piedra. Parecía contento con la mañana y con sus cosas, como si su mundo le perteneciera por completo. Lo veía bien, con los dientes blancos y fuertes, sonriendo (¿por qué no continuó la niebla?) Tenía la camisa raída y la piel dura, quemada por el viento y el sol. Cuando nos vio venir por el camino, se acercó más al portal, siempre sonriendo.

"Buenos días." Y no dijo más. Los dos, el viejo y yo, estábamos ya a su lado, al bajarnos de un salto. El hombre nos miraba sin entender. Pero él se le fue encima. Con el primer golpe cayó sobre las piedras de la entrada. Nada había cambiado, con el dolor dentro y la mañana iniciándose apenas sobre las montañas cercanas. Sólo el hombre en el suelo.

-No lo mate.

-Lo hago por ti.

-No lo mate.

-Entonces hazlo tú. Es cosa tuya y también mía.

-No. Es sólo mía. No lo mate.

El hombre a nuestros pies respiraba con dificultad, por la herida o por el miedo. Las piedras se marcharon. Tenía los dientes blancos y fuertes, ahora la cara pegada a aquellas piedras.

Todo lo demás continuaba exactamente igual. El aire, los primeros trinos y el olor a mañana. El hombre había caído en el suelo al impulso del primer golpe y respiraba trabajosamente, a pequeños sorbos. Después él dejó caer el machete muchas veces más. Una y otra. Todavía hoy creo escuchar ese chasquido, ver el cuerpo a sus pies. Yo le había dicho que no lo hiciera.

Por el camino de regreso me dijo: "El resto es cosa tuya y te corresponde terminarlo. Es tu mujer." 11

Pero cuando llegamos a las casas, éstas se habían quedado solas y ya ninguno de los dos podía hacer nada más. Sólo estaba ese extraño dolor por dentro y una muerte al alejarse el dolor.

-¿No te importa aguardar?

-No.

-Pero me has dicho que ella te gusta, que es hermosa y además estás tan solo como yo.

-No importa.

-Te impacienta esta espera. De haberlo sabido la hubiera podido pedir para ti. Ella estaría más contenta y hubiera venido antes.

-Sería como un regalo suyo.

-No. Ella me gusta. ¿Pero le has hablado alguna vez? Ese día me pareció que te miraba como si te conociera.

-No creo. La he visto de lejos.

-Seguramente ella también te habrá visto o al menos oiría decir algo de ti.

-O de usted. Nadie hablaría de mí sin nombrarlo.

-Bueno, o de ambos, si así lo prefieres. Pero ha debido conocerte al menos de oídas. Le habrás parecido un poco extraño, encerrado aquí con tus años y sin una mujer.

-Y qué importancia puede tener.

-Nada. Sólo que sí tienes por qué inquietarte. Ella de alguna forma también estará impaciente por llegar.

-No.

-Yo sí, ¿sabes? Me gusta bastante. Mucho más ahora, metido en esta cama. ¿Crees que ya estará en camino? Si salió al mediodía estará acercándose al arroyo.

-Seguramente.

La casa está un poco alejada de la plaza, por el camino del río grande. En invierno el barro se multiplica al paso de las reses hacia el agua y todo parece adquirir un color negro, repleto de inmundicias. Luego, cuando calienta el sol, aún un poco por la mañana, el agua estancada se pudre y despide un olor acre y repulsivo.

He pasado varias veces por ese camino. La casa está como todas las de la cuadra, manchada con grandes salpicaduras de barro y excrementos. La puerta y las ventanas permanecen cerradas.

Conozco al padre y aunque nunca hablé con ella, con él lo he hecho en los días en que nos encontrábamos en el café, que no sé cuánto hace cerraron. Me dirigía unas pocas palabras, Parecía no sentir temor como los otros. Ahora lo recuerdo perfectamente y creo que en algo se parece al viejo antes de enfermar. Sólo que no tenía ni tiene ese aire de dominio. En aquel tiempo parecía resistir con estoicismo, como un mal necesario, todas las cargas impuestas; caminaba un poco menos inclinado, sin apoyos.

Nos acercamos los dos por ese camino, ahora seco por el verano, hacia la casa. El viejo me había explicado desde antes a qué íbamos. Yo me había quedado en silencio, pensando en esos juguetes imaginarios de la infancia.

Se demoraron en contestar a los golpes en la puerta, seguidos, insistentes, su forma peculiar de llamar. Al fin, el otro abrió. Tuve la sensación de que el parecido se acentuaba con la media luz del zaguán. Luego nos sentamos en los muebles de mimbre, desvencijados, en el corredor.

No había estado nunca en la casa a pesar de que a él sí lo conocía y hasta habíamos hablado en algunas ocasiones. Pero me imaginaba, no sé por qué, que en el patio crecerían muchas flores amarillas o blancas.

Sin embargo, sentado allí por primera vez, podía comprobar que no brotaban sino algunos matorrales pequeños y zarzas y las flores se escondían, sólo unas pocas, casi con miedo entre la maleza del patio, alguna vez de ladrillo. Además había un gran número de tiestos desocupados y rotos, diseminados por uno y otro lado.

"-Vengo por la muchacha."

Recuerdo los ojos vidriosos del viejo, cansados pero sin temor, soportando resignadamente el tributo diario, impuesto, inmodificable. Pensé: "Debería matarlo." Pero estaba ahí oyendo la petición, con los ojos acuosos y la boca cercada por las arrugas.

"-Vengo por la muchacha."

El otro le respondía con la boca desdentada, pero yo no podía oír las palabras. Me parecía que estaba colocado detrás de un gran vidrio al que no llegaban o al que no traspasaban los sonidos.

Pensé: "Parque del Carmen, Golondrina. Madre. Luz." En aquellos días en que nos marchábamos al otro pueblo, aquel parecía vivir años de niño, aunque había nacido hacía ya bastante tiempo.

Los hombres continuaban hablando, creo que a grandes voces, pero yo no los podía escuchar rodeado por el torbellino de las hojas en medio del patio, apartado por el muro del cristal. Parecía como si sólo trataran de masticar algo muy duro, con las mandíbulas en un movimiento permanente.

"-Vengo por la muchacha."

La última vez que fuimos al otro pueblo, todo había cambiado. Creo que debió de ser a causa de la carretera y de aquellos hombres con sus camiones estrepitosos. De esos años iniciales del pueblo quedaba muy poco. En el Carmen ya habían suprimido las baldosas tricolores con la bandera nacional y en las que me miraba deformado como un duende de los cuentos nocturnos. Y la corona de marmajas de la capilla. En cambio habían colocado en lo alto de la torre las cuatro caras de un reloj suizo, como si allí el tiempo no pudiera ya ser vivido y existiera la necesidad vergonzosa de contarlo. El otro asentía con los ojos hundidos e inexpressivos. Pensé que también él debería necesitar el agua y los plazos, el juego del cual hablaba siempre el viejo. Creo que la llamó porque casi en el mismo momento de los movimientos o palabras con la boca desdentada, ella apareció por el corredor del extremo,

Río. Puente. Plaza en sol. Ella avanzando por encima de ese mar blanco y ondulante. Ella. Me pareció que se fijaba en mí. (Hace poco, el viejo sobre su cama me ha dicho lo mismo.) En el río estaba reclinada hacia el agua y yo me marché en silencio, sin que nadie lo pudiera notar.

Su cabeza vencida. Los ojos puestos en las hendiduras de los ladrillos rojos o en las flores escondidas entre los matorrales del patio, mientras los otros dos continuaban hablando sin parar; palabras desconocidas, gestos apenas.

Creo que en ese momento encontré la respuesta; la razón por la cual las golondrinas se habían marchado de la torre, desde entonces con el reloj, del Carmen. "Sería el ruido", pensé.

Los hombres guardaron silencio. Ella miraba las uniones del piso, o la baranda, no sé, y yo estaba detrás del vidrio que había fabricado con los recuerdos, las hojas y el aire, sin escuchar más palabras que las primeras, entretenido con las cosas antiguas de dentro.

"-Vengo por la muchacha."

El otro, con los ojos cansados y acuosos y la boca desdentada masticando el aire tibio. Ella regresó hacia adentro, por el mismo hueco por donde había llegado. No sé si lloraba. La plaza. El río. Retornando en medio de aquel mar blanco y sofocante.

En la calle, las reses acababan de pasar hacia el agua entre los gritos y las palabrotas de los arrieros. Nosotros volvimos sin cambios (¿por dentro?), paso a paso hacia arriba, por esa calle que da a la plaza. La puerta se había vuelto a cerrar. Todo seguía igual ahí fuera, como antes de entrar.

"-Vengo por la muchacha."

El me lo había dicho con anticipación a la entrevista. Pero yo no lo había entendido (¿no lo entendía?) ó no había querido escucharle pensando en esos malditos juguetes imaginarios, escondidos en otro tiempo para que nadie me los pudiera arrebatarse. El otro pueblo. Golondrina. Reloj. Madre.

En la esquina principal, el cura nos dijo:

-Buenos días.

Y se inclinó un poco, al igual que en las genuflexiones diarias o en los sermones diarios sobre el infierno y el castigo. Las maldiciones cayendo desde sus manos, sobre nosotros, semilla esparcida destinada a fructificar entre su grey.

Más tarde montamos y nos fuimos hacia las casas. "-El otro lunes." "-Y el agua." "-Vengo por." "-No." Y el vidrio delante de mí para que no pudiera oír las palabras de la boca desdentada.

Ahora, estamos aquí junto a la ventana, con el viejo rendido y enfermo, esperándola.

SEIS

-Tiene que venir.

-No se preocupe. Vendrá.

-¿Recuerdas la cara que puso el viejo cuando le dije "Vengo por la muchacha"? Pero tenía que ser así.

La plaza giraba. Sí. Sobre el eje vertical de la iglesia o en el árbol del centro. La plaza con sus casas que habían crecido lentamente entre el polvo, o el barro y el sol. Ella venía por el centro, ondulante, con los ojos oscuros vencidos por la luz. Los viejos, muy cerca de mí, mascullaban no sé qué cosas.

-“¿Por qué no te has vuelto a casar?”

El otro, gordo y sudoroso, pasó junto a ellos.

"-Buenos días, señores."

"-Buenos días, señor alcalde."

Se me ocurre pensar que no he debido mirarla. Tal vez él lo notó o sospechó algo y más tarde, puede ser, la habrá exigido precisamente por eso. Pudo haber imaginado que yo tenía alguna razón oculta. Ella pasó muy cerca y tomó la calle del río, hacia la casa (entonces no sabía que esa fuera la suya), con la cabeza alta y los ojos semicerrados por la luz. "Vamos", me dijo el viejo. Tendido detrás de mí, tal vez piense en esto.

-Crees que no he debido hacerlo.

-¿Qué?

-Pedirla, digo. O mejor exigirla, sí así te parece.

-No lo juzgo. Es cosa suya. Y ahora qué más da después de lo que ha pasado.

-Crees que no he debido hacerlo. Sientes que lo he hecho por tu culpa. Siempre me has juzgado, ¿crees que no lo noto? No ha debido hacerlo. Lo hizo por esto. O por aquello.

-No lo juzgo.

(Cuando pasamos el cañaveral del alto, él la vio junto a la casa de bareque: "Vamos." "-Todos deben de andar en el otro campo." "-Abre." Y los golpes para derribar la puerta. Adentro, la muchacha fea, con sus mismos ojos tristes.)

-Durante estos años me has juzgado, porque siempre te has considerado intocable. O quieres creerlo al menos, Tienes la necesidad de decirte a ti mismo que en algo debes ser mejor que yo ó superarme. Pero no es así: es tu incapacidad para hacer las cosas. Si fuera de otro modo, no me acompañarías a todas partes. Y no te alegrarías. Sí, porque en el fondo te alegras.

-No. No es así.

-Sí que lo es. Me ayudas y sientes satisfacción al ver lo que hago, porque esa es tu propia manera de vivirlo Como con tu mujer.

-Yo no le pedí que matara al hombre. Le repetí que era cosa mía. Todo lo que ocurrió después fue el resultado de aquella mañana.

-No me lo pediste, pero lo deseabas, porque en el fondo no te sentías capaz de matarla a ella, o de echarla o siquiera de retenerla y no dejar que se te fuera de las manos. Pero no por bondad, sino por miedo. Y si no se hubiera ido, tampoco habrías tenido el valor suficiente para echarla a palos.

-Ella está muerta.

Está muerta. Como los cantos de la mujer o los grillos en las manos del niño que juega afuera. O el otro pueblo. O se marchó. No sé. Es como luchar contra una corriente que al final nos ha de vencer y que terminará por arrastrarnos aguas abajo hasta un país desierto o sin sol. Está muerta. O se ha marchado. Es lo mismo. O está ausente, nada más. Y el río se acrecienta cada vez que intento ir contra él. Regresará. Me arrastra. Nunca lo he deseado. Pero el mundo permanece y de nada nos servirá cambiarlo. Sólo que no debería ser así.

-Maldita sea, no es así. Cállese, está enfermo. Cállese.

Cree que tengo que aceptarlo todo. Como allá en el cañaveral o como sus borracheras ó como mi madre ó como su ausencia. Considera que debo aceptarlo como todos, con ese aire de resignación que tanto le complace respirar, cuando baja al pueblo. Como la mujer que no volvió a cantar porque él lo quiso.

Cree que siempre habrá de ser así, porque hasta hoy lo ha sido, porque sólo estamos los dos en estas casas abandonadas, o porque no me he atrevido a levantar la voz o la mano. No. Ahora no podrá ser. Al menos por esta única vez. ("La plaza en sol, girando. Ella.") Después ya podrá llegar la lluvia y barrer estos cuerpos y los muertos y el camino (¿ó la sangre?) y las paredes de la casa con él dentro, pero para entonces ya se habrá hecho algo. Esta vez será distinto. Estoy frente a la ventana, esperando, pero no lo voy a aceptar.

Ella estaba en el río. Yo no quería que volviera la vista. Estaba en el río mirándose como en un espejo gris. No quise hablarle. Me decía a mí mismo que bien podría esperar. Ahora espero y todo será distinto y el látigo y la voz no me alcanzarán, pues para aquel instante ya nos habremos distanciado. Cree que tengo que aceptarlo todo, como desde hace tiempo. Como mi madre-golondrina que se marchó. "Sería la carretera nueva o el ruido." Pero esta vez no.

No me explico cómo pudo pasar desapercibida, durante los últimos tiempos. ¿Cuántos años tiene? No sé. Creo recordar que cuando Antonio llegó a establecerse en el pueblo, traía consigo, pegados a él, dos o tres niños. Su mujer murió unos cinco o seis años después, pero de ellos no puedo acordarme y sólo me parece verlos metidos entre sus piernas, en una bruma que no logro disipar.

El tampoco parecía conocerla. No habíamos reparado en ella. Y ninguno de los demás la había nombrado, hasta ese día en que cruzó la plaza y ellos se apresuraron a contestar a mi pregunta, de seguro pensando en que no tenían escapatoria, deseando mostrarse complacientes para evitar que pudiera acusarles su silencio. Sin embargo, cuando se acercó a la esquina y pasó cerca de nosotros, yo creí apreciar algo en sus ojos, como si desearan fijarse en él, aunque pudo ser tan sólo un movimiento involuntario, un estremecimiento, antes de cruzar la otra acera y continuar el camino.

Manuel quería que regresáramos. Le molestaba que la examinase, que me fijara en el movimiento de su cuerpo, que se me colara en los ojos una parte de su juventud.

¿Por qué no habíamos reparado en ella? ¿Qué la había cubierto hasta ese día, oculta, viviendo en aquella misma casa del camino hacia el río, si el, viejo siempre me recibía en el patio, me pedía, quería comprometerme a lograr mi asentimiento? Si procuraba demorarme.

No. El no debía conocerla. Cuándo, si debo soportar su presencia, siguiéndome a todas partes; si hemos estado la mayor parte de los días juntos, más aún a partir de aquella época en que pareció quedarse completamente solo.

-¿Sabes? Ahí junto a la ventana me doy cuenta de todo lo que has crecido. Pero son cosas que no se pueden volver atrás. En ese tiempo sentías miedo, casi por todo. Cuando eras un niño.

-Sí, en ese tiempo.

Qué puede sentir, sentado frente al campo abierto, recibiendo la luz que a mí me falta. Qué puede pensar. Si fuéramos a caballo, como lo hemos hecho diariamente durante no sé cuántos años, creo que podría adivinarlo. Fui aprendiendo lentamente a leer cada uno de sus gestos, sus miradas, a adivinar esas sombras que en un determinado momento pasaban por su cabeza, sueño.

Sólo que ahora no puedo hacerlo, sentado allí mirando obstinado por la ventana, sin voltear la vista, esperando a que termine por dormirme y así poder abandonar la habitación.

Puede, incluso, pensar en marcharse de aquí, como en aquella noche del bosque, huyendo, separándose. Pero no pasará de ser un deseo, no muy firme, una de aquellas cosas imaginarias con las cuales se deleita. Sabe que no podrá hacerlo, pues a pesar de los años que se han ido acumulando sobre sus espaldas, continúa solo e indefenso, tan débil que habrá de regresar al igual que aquella vez: eludiendo mis palabras, tratando de decir, balbuceando, buscando explicar, inventando disculpas absurdas que finalmente yo pudiera pensar que había pasado la noche en la Zona.

Así que continuaremos esperando su llegada. Nuestros ojos, nuestra respiración, nuestras manos rozando, acariciando la baranda. El día amaneció claro. Creo recordarlo. Un poco más tarde las nubes se fueron acumulando, uniéndose como empujadas por una mano invisible. Mi madre ya se había ido. Golondrina-luz. El había bajado al pueblo en el caballo negro. Lo sé porque era el que más le agradaba. Sí. En ése. Yo estaba afuera con todo el aire y el cielo antes azul y después gris, por las nubes.

Luego empezaron a caer las primeras gotas sobre la tierra oscura, en los charcos del día anterior, formando círculos que se abrían y cerraban, siempre en movimiento. Con las grandes gotas se vino también el viento. Yo le temía cuando se desataba en la noche, silbando alrededor de las casas, en las piedras de la entrada, ó en los primeros árboles.

Pensaba entonces que era un canto oscuro y lejano, y esperaba que el diablo (en ese tiempo creía firmemente que al desatarse el viento, el diablo debería andar por ahí. No sé si la idea me la había inculcado la vieja que me cuidaba), de un momento a otro, acabaría por derribar la puerta y acercarse riendo a mi cama. En las noches lo oía agitarse con fuerza entre los árboles, con la cabeza metida en la almohada y las ropas pegadas por un sudor frío contra mi cuerpo.

En aquella tarde (aún no había anochecido), el viento soplaba con más fuerza, golpeando con gotas gruesas contra los cristales de las ventanas.

Corrí hacia la casa vacía y me escondí en la sala principal. Afuera todo parecía romperse. Imaginaba que la tierra se partiría o estaría abriéndose para devorar todo lo que sobre ella se levantaba. Acurrucado en un rincón, volvía a tener las ropas pegadas al cuerpo y aquel sudor frío. Creo que estaba llorando. Las ventanas abiertas golpeaban con fuerza y al abrirse dejaban colar ráfagas de lluvia y la plaza se iluminaba mientras retumbaban afuera los truenos.

Aquellas sombras del páramo regresaban a llamarlo y él sin responderles, ausente, en su caballo. Yo también le gritaba, le pedía que volviera, que los callara de una vez. Para que se marcharan. Con la luz azulosa las figuras de los cuadros cubiertos de polvo, bajo sus uniformes o sus sonrisas, parecían crecer, animarse o emitir los mismos ruidos espantosos de afuera. Temblaba y creo que estaba llorando.

Tenía deseos de correr, pero la casa crujía (estaba vacía). Me encontraba en el rincón, sudando, con los ojos unas veces cerrados y las otras con ellos muy abiertos por el miedo, al sentir el estrépito de las ventanas chocando y en algunos momentos de silencio, por el murmullo un poco confuso de unos pasos imaginarios.

El otro pueblo. Mi madre-luz. Los camiones y el ruido. ¿Por qué se habían marchado? El reloj en la torre, sin detenerse. Parque del Carmen.

Creo que no lo oí. En ese tiempo sentía miedo, sobre todo con el viento. Después, él entró. La puerta también golpeaba. Recuerdo que me estrechó muy fuerte y cerró las ventanas y me sacó de la sala para llevarme al otro cuarto. Creo que cerró las puertas. Seguramente debí dejar de llorar, pero no recuerdo que él me hubiese dicho nada. Me estrechó muy fuerte y me llevó a la otra pieza. A ésta.

-Sí, en ese tiempo.

-Pero son cosas que no se pueden volver atrás.

SEGUNDA PARTE

Diario

Me han encerrado aquí, en las casas del monte, sin permitirme siquiera montar de nuevo esos caballos zaínos que pastan en los campos de abajo. De esta ventana lateral los observo, jóvenes y lustrosos, jugar en el espacio abierto.

Todos en la casa guardan silencio. No han querido informarme sobre el desarrollo de la guerra. Cada vez que pregunto, se niegan sistemáticamente a contestar. No sé qué persiguen.

La mujer tiene ojos grandes y tristes y los cabellos negrísimos, como la noche. En algunas ocasiones, frecuentemente en las tardes, viene y se sienta cerca de mí, callada, como si quisiera escuchar alguna voz lejana. Si la interrogo se levanta y se va sin contestarme, Algo debe de temer. De vez en cuando, en la madrugada, escucho sus pasos nerviosos por la sala.

El hombre es más duro. No se sonríe y sólo lo he sorprendido haciéndolo cuando mira al niño jugar sobre la hierba. Pero cuando nota que le observo se pone muy serio y se marcha.

Yo sigo esperando algunas noticias. Creo que a estas alturas deben estar librándose las batallas mayores. Tendré que buscar la forma de huir de aquí. ocupan mis hombres. Yo los he curado en muchas ocasiones, cuando alguna bala disparada por esos miserables les hería en la espalda. Pero ahora tendrán un nuevo médico y no puedo saber quién es.

Estoy seguro de que vendrán a buscarme. Me colocaré al frente y los conduciré hacia nuevos triunfos de muerte y humo. Estoy seguro. Tarde o temprano ellos vendrán por mí.

Septiembre 18 de 1887

Amaba esa ciudad, con sus calles amplias que en primavera se cubrían de ramas florecidas y de un olor a vida nueva.

El coche se deslizaba con suavidad, por entre el aire dulce y fresco. Y era bueno escuchar el golpe de los cascos de los grandes caballos tordillos, cuando jalaban con alegría. Y era bueno cerrar los ojos y pensar que la felicidad se encontraba muy cerca.

O caminar despacio con las manos anudadas en la espalda, bajar por la Calle del Palomar del Príncipe hasta llegar a la Plaza de la Independencia. Eran tiempos buenos. Tiempos de primavera. Con largos paseos y tardes que crecían en silencio.

Julio 7 de 1914

Me dicen que estoy viejo. Que mis ojos están cubiertos por no sé qué tela opaca y engañosa,

Mayo 15 de 1893

Anoche la Casa se conmovió, como en otras épocas, Ella ha tenido un hijo. El se mostraba excitado por ser primogénito y hombre. Yo, desde mi cuarto, he sentido el vagido de la criatura, como la queja de un pequeño animal.

Agosto 31 de 1902

Ella era hermosa, Creo que se llamaba María Angélica. Su familia, en otro tiempo, había acumulado muchos poderes. Caminábamos juntos, ella con su sombrilla delgada y los pies ligeros como dos alas blancas. Se colgaba de mi brazo y le hablaba al oído y se sonreía, con alegría incontenible. En otras ocasiones pasaba a buscarla a las casas de nuestros conocidos. Me empujaba dulcemente y me metía en la algazara de sus amigas. Me pidió que no fuera a la primera guerra. Pero aquello no fue guerra de verdad. Sólo una montonera que pasó pronto. Y de nuevo las fiestas, con su amalgama de luces y de risas. Creo que la amaba. Alguna vez la besé. En primavera,

Mayo 15 de 1895

¿Qué podría hacer ahora? Me encuentro completamente derrotado. Dicen que estoy viejo. O mejor, ellos han crecido y ya no reparan en mí, ni quieren reconocer mi savia vital, ni creen que me deban la sangre. Nada. Esperar. ¿Pero esperar qué? Esta soledad que me acorrala.

¿Cuántos años tengo? He vuelto a nacer, he envejecido y he muerto. Eternamente. De noche vienen a visitarme esas sombras delgadas y yo tengo que quedarme en silencio. Ellas también, durante muchas horas, a mí alrededor. Si al menos dijeran algo. ¿Y ese niño quién es? Llora. Se esconde. Casi no sonríe. Creo que a veces desearía contarle alguna historia mientras le va venciendo el sueño. Pero las he olvidado todas. Todas. El calor. El viento y las espigas. Ya se terminaron las batallas. Queda esta sequía infinita.

Mayo 18 de 1913

Estábamos reunidos detrás de la colina, con las guerreras hechas trizas, metidos entre el humo y los gritos. Menéndez, yo, Toro, De la Fuente. Nos sabía el aire a pólvora negra y muerte. En los machetes quedaban rastros de sangre. Después vino el otro con un tremendo tajo en la mejilla.

("-Nos acorralan, mi teniente. Nos encierran.")

Sí. Nos encierran. Se nos vienen encima. Menéndez, reagrupe el cuarto batallón. Vamos a resistir. Maldita sea.

¿Quedan caballos? No. Nos reuniremos con el material disponible cerca de aquí, en la colina. ¿Y los macheteros? Los aniquilaron a bala, mi teniente. Se nos agota la munición. Y el sol que no deja de calentar y que evapora el agua aún en las mismas vejigas.

En la mañana hemos quedado reducidos a menos de la mitad. Son unos asquerosos. Vamos a resistir, sin esperar refuerzos. Anoche se oían más gritos pero se pactó una tregua de dos horas. Algunos la aprovecharon para escapar. Si los cojo los fusilo. Sí, mi teniente.

La bandera, o mejor, el trapo blanco que amarramos a una lanza astillada. Los cadáveres principiaban a descomponerse. Más tarde, nos arriaron a culatazos, entre blasfemias y gritos.

Abril 30 de 1900

Alguien canta afuera, con una voz muy suave. Me asomo a la ventana, pero no puedo descubrir el lugar del cual surgen los sonidos. El viento, que cambia a cada momento, los trae unas veces de los árboles más lejanos, otras de la hondonada, otras, de las casas de abajo. Debe ser alguna canción antigua y triste. Lo sé. Lo presiento. Aunque no logre entender las palabras que la forman.

Diciembre 21 de 1889

Ayer en la tarde ella vino y se sentó de nuevo a mi lado, pero tenía un aire todavía más triste que aquél de los días anteriores. De pronto se echó a llorar cubriéndose el rostro con las manos. Se llamaba María. Estuvo así mucho tiempo, hasta que las lágrimas y los sollozos fueron disminuyendo, cesando casi por completo. Entonces me miró de una manera extraña y me dijo que quería marcharse. Y me dijo que era por él. Que no soportaba más sus ausencias. Que lo amaba. Que no soportaría que los mandara, a ella y al niño, al otro pueblo. Se estremecía al hablar y sus ojos se llenaban de nuevas lágrimas. Me dijo que la detenía el niño. Que sentía dejarlo. No se qué esperaba o sí deseaba alguna palabra. Después guardó silencio y más tarde se puso en pie y pegó su cara a los cristales de la ventana.

Antes de que saliera yo le entregué una vieja moneda de oro que aún conservaba en el fondo de mi baúl.

Abril 5 de 1891

Nadie lo ha notado, pero en el mismo lugar en que antes me crecían las manos, han salido ahora, para sustituirlas, raíces negras.

Febrero 3 de 1923

Me han encerrado aquí, en las casas del alto, de tiempo atrás. No sé exactamente cuántos años hace. Tal vez desde el día en que todo terminó definitivamente.

Desde entonces aguardo, en silencio, que la lucha se reinicie, que vuelvan a ensillar los caballos en el patio con el aire de la madrugada golpeando en las ruanas y en los sombreros bajos. Que se levanten las viejas lanzas.

A veces escribo cartas con al esperanza de recibir alguna respuesta, pero no podría decir que en realidad espere noticia alguna porque he perdido la cuenta de las páginas que he escrito. Es sólo una forma de conservar algo vivo por dentro, esa llama que no se ha extinguido con este largo e inútil encierro.

Además, estoy seguro de que si aquellos a quienes espero terminaran por aparecer, si las gentes regresaran al monte, no existirían entonces silencio o barreras capaces de ocultarlo.

Cuando no escribo, salgo a caminar por el pasillo. Allí me es permitido alargar los brazos y piernas. Ya es una antigua costumbre. Camino con las manos enlazadas en la espalda y me gusta pensar en muchas cosas que han quedado atrás, casi en la memoria. Como un libro escrito con paciencia por esa voluntad que en ciertos momentos siento se doblega.

Pensar en aquella otra casa, junto al río. En los largos paseos acompañado de no sé qué ternura por dentro. En los caballos. En el viento. En tantas cosas, como en un libro. En otros días y cuando el viento y la lluvia dejan de golpear, abro la ventana del cuarto y me quedo en suspenso queriendo descubrir alguna palabra, o un débil sonido que me confirme que esta casa aún vive, sumida en su propio silencio. Oigo entonces la voz lejana del niño. O el grito de alguien que pasa por el camino o también en la noche, algo como un sollozo contenido, ahogado. Al abrir la ventana parece como si el aire, en mi pieza, adquiriera esa misma intangible serenidad del cielo en el marco de madera.

Septiembre 18 de 1887

Las capas ondean al viento, como banderas innumerables, mientras seguimos avanzando. Avanzando cada vez más. Ya estamos cerca. Veo sus rostros endurecidos por la fatiga. Ya nos aproximamos. ¿Qué nos estará esperando?

Septiembre 25 de 1879

En los tiempos de estudiante, teníamos una casa grande, rodeada de muchos senderos. Iba a las clases en la mañana y al regreso encontraba a mi padre, trabajando sobre su escritorio inmenso. Estudiaba afanosamente, queriendo devorar las páginas de una vez por todas. Cuando me dijeron que iría a continuar los cursos a otro país no sé qué sentí. Una mezcla de tristeza y alegría infinitas.

La casa tenía también un gran solar, en el cual transcurrieron mis primeros juegos.

Agosto 9 de 1913

Maldita sea. Ayer vinieron mis sargentos. Al fin han llegado; los esperé por mucho tiempo. Han venido a buscarme. Aún me necesitan. Han venido a pedirme que los guíe nuevamente en las acciones por el páramo. Pero ellos no los han dejado entrar. No los han dejado llegar hasta mí. Vinieron.

Yo los habría de llevar a batallas de sangre y pólvora, como antes de este cautiverio. Ellos no los dejaron entrar. ¿Pero qué estarían pensando? Por qué pudieron ceder. Oí sus voces claramente, cuando discutían en el patio. Y casi podía adivinar, sin verlos, sus rostros curtidos y sus uniformes gastados, rotos.

Noviembre 9 de 1911

He enviado varias cartas a la Comandancia General, pero aún no he recibido respuesta. Conservo las copias en mi poder, guardadas bajo llave. Tal vez, en el futuro, me sirvan para probar mi lealtad. No sé qué ha podido suceder. Seguramente ellos también me han cortado este único medio de comunicación con el exterior. Quisiera saber a ciencia cierta qué ha pasado. No soporto la incertidumbre. Mañana ingeniaremos algún otro medio. Tal vez los peones.

Junio 2 de 1920

Tengo que efectuar ese viaje. Lo he estado preparando durante largo tiempo. No sé cuánto. Cuánto. Como tampoco sé ya los años que llevo encerrado aquí. He comenzado por ordenar y encarrilar los libros. Después guardaré estas hojas, o mejor las quemaré. Ya se lo comuniqué a ellos. No me dijeron nada, aunque estoy seguro de que al final no podrán oponerse ni tendrán ninguna razón para alegar. Más si está, como en el caso, todo debidamente preparado. La fecha la he fijado para la próxima semana. Desde ahora les diré a los peones que dejen descansar el caballo negro. Me llevaré ése. Es el mejor. Sí.

En el baúl ya tengo colocadas las cosas más importantes e indispensables. Será un viaje muy largo. Tan largo que no podría calcular a ciencia cierta cuándo será el regreso. Ahora es cuestión de paciencia.

Marzo 19 de 1881

Escucho desde mi silla el llanto del niño. Con gritos que no han tenido ni pueden obtener respuesta.

Octubre 20 de 1902

TERCERA PARTE

EL ENCUENTRO

UNO

No sé si confía en mí ó al menos espera que no le traicione. Pero todos estos años de sometimiento ciego han de explotar, dispersando el mundo que hemos, o mejor, que él ha construido pacientemente: estas gentes temerosas, escondiéndose de su voz, escarbando en la tierra, ocultando sus ojos hundidos. El éxodo. Yo mismo. Quién podría romper los hilos de la telaraña. Y si al romperse yo también desapareciera. O si me quedara completamente solo.

El viejo despide maldad. Pero esta vez no he de aceptar ese olor, no con su sombra que al fin habrá de llegar, o con su imagen devolviendo la luz a los corredores, llenando las habitaciones, abriendo las puertas. No soportaría esta esclavitud a la cual nos ha conducido a todos, si ella no puede levantar los ojos, ni cantar, ni siquiera mirarme como en aquel día lejano.

Seguramente esperará que no le traicione y que todo continúe igual que antes. Fieles. Devotos. Pero ya es demasiado tarde.

"-Tienes que esperarla -me dijo-. Junto a la ventana." Yo no hubiera querido hacerlo, pero insistió quejándose. Es culpa suya. Si no fuera por estas horas aquí, inmóvil, no hubiese pensado jamás en saltar sobre él, en gritar: No lo acepto." No me hubiera atrevido a desear y a querer su ruina. Pero él lo dispuso así, y ya pronto se lo he de escupir al rostro: "No lo acepto. No."

-¿Crees en Dios? ¿Sabes? En los últimos días me ha dado por pensar en eso. Tal vez me estoy volviendo viejo, El abuelo no creía; alguna vez escribió dos cosas al respecto pero no recuerdo exactamente qué. No sé si ya antes te había hablado del asunto.

-No. Nunca.

-Pero a veces es necesario pensarlo. Encontrarse decididamente con su rostro.

-¿De quién?

-De Dios.

Dios, el gran Dios misericordioso que nos ha encerrado aquí, a nosotros sus criaturas, en medio de esta miseria de piedras y monte y soledad, como oscuras alimañas en su refugio. Como un gran teatro de títeres con las cuerdas lo suficientemente flojas para que llegásemos a creer que aún podemos hacer lo que nos da la gana. Y El arriba, riéndose con grandes carcajadas, observando desde su soledad infinita nuestros pobres intentos por escapar o por hallar cada uno su sitio en este

-¿Y a qué viene eso? Al fin y al cabo usted se mejorará. Ya ve lo que ha dicho el hombre: "No es nada grave."

-Sí. Y volverá a ser todo como antes.

-Tal vez.

-Tú crees?

-Sí. Como con los títeres que cada año llegan al pueblo. Alguien en cierta forma nos maneja desde la oscuridad y se responsabiliza de todo. Debe ser Dios.

-Algo parecido decía el abuelo. Pero no lo recuerdo.

Habla de Dios como lo hacen todos los viejos cuando sienten que en el camino se presenta alguna barrera insólita. Creo que empieza a sentir el peso de sus obras, el cansancio en las manos. Como un gran Dios disminuido, demasiado viejo y enfermo. Nunca creyó que pudiera caer y que en cierta forma podría necesitar de los demás, ó al menos de mí.

Sí. No creyó que pudiera venir a parar con sus quejas a esta cama dorada, detrás de la ventana. Menos en ese día, máxime si habíamos arribado ya a la casa. Nunca al llegar se piensa que ese fin sea precisamente el comienzo de algo. Entró en la casa, mientras yo desensillaba los caballos. Me fijé en él; sí, ahora lo

recuerdo. En sus espaldas anchas y rectas, en los brazos y piernas cortas, tal vez demasiado cortas para el cuerpo, como las de aquel otro viejo de la plaza. Y en el barro pegado a la suela de sus botas.

Algo había en el aire, muy quieto, Después su grito y aquel torbellino de cosas a mí alrededor. Su grito. Yo hubiera podido marcharme en ese momento. Seguramente las gentes del camino lo hubiesen encontrado con los ojos abiertos de miedo, como lo encontré yo. No recuerdo haber pensado en que si me marchaba y alguno lo hallaba hubiera podido culparme o decir que lo había matado.

No me marché pero bien podía haberlo hecho. Pero cómo marcharme, hacia dónde, si algo de esta tierra se nos había metido a los dos en el corazón haciéndolo duro y enterrado. Si él también estaba hecho de la misma tierra, como mis ojos o mis dientes. Pero hoy me arrepiento de no haber escapado; fue una cobardía. Siempre temí.

El estaba tendido junto a este lugar, o en el mismo sitio en que se encuentra mi silla. No sé qué había en sus ojos, clavados en el techo. Tal vez miedo u odio. Pero estaba tan pequeño, ahí, en el suelo, quejándose, que no hubiera podido dejarlo.

No me pidió que lo levantara pero yo lo llevé hacia la cama de bronce. No llamé a la mujer de las casas de abajo, pues no quise que lo viera así, rendido. Hubiera sentido vergüenza por él, ó tal vez por mí mismo. Corno pude advertir que se acercaba hacia la Casa Mayor, junto con el niño, cerré la ventana.

No me pidió nada, no dijo nada. Sólo me miró con esos mismos ojos de temor u odio. No dijo nada, ni me lo agradeció ni me maldijo. Pero quería hablar. Me acerqué otra vez a la cama y me rogó, esto sí, que no contara nada en el pueblo.

-Voy por el médico,
-Pero que no se entere nadie -me dijo.

Sí. Eso dijo, nunca creyó que se pudiera enfermar. Pero en este momento yo necesito fortalecerme, lo mismo que él, para no ceder una vez más. Sí, porque cuando lo escucho respirar con dificultad a mis espaldas, me siento tentado a obedecerle tal como siempre, ó a complacerle, pues sólo en este instante, de todos los instantes que han ido formando nuestra vida común, se me ha presentado tal oportunidad. de compadecerlo. No lo haré. No debo. A pesar de sus quejas.

Me ha seguido a todas partes, desde muy niño. Tal vez desde el día en que se terminaron los viajes al otro pueblo, porque a partir de ese momento se quedó solo, yo también a mi manera, y no hubo necesidad de protegerlos, de distanciarlos de las sombras que cada noche bajaban desde el páramo hasta el patio de la casa, desafiándome, negando mi autoridad.

No creo que su madre lo hubiera comprendido nunca. Además cómo explicarlo, con qué palabras si ella no podría entender jamás y únicamente hubiera conseguido nuevas lágrimas y el reclamo más profundo de su silencio, interrogando o acusándome.

El se le parece bastante. Siempre a mi lado sin decirme nada. Es su forma de reprochar, callado, tomando una senda contraria que en buena parte nos distancia aun cuando montemos juntos y recorramos los mismos sitios, pues en ella las palabras desaparecen y los gritos no los recibe nadie.

Tal vez hubiera sido mejor que no ocurriera de esa forma; que hubiéramos podido hablar, decirnos las cosas que nos llenaban, casi ahogados. No seríamos dos desconocidos como hoy, unidos nada más que por una espera común. Tal vez hubiera sido mejor que no ocurriera así. Pero no me arrepiento.

El río en ese recodo se ensancha repentinamente como si se liberara de alguna cadena gigantesca e invisible. En los comienzos del verano, cuando el sol aún no ha destruido toda esperanza, los árboles susurran oscuras voces y palabras que parecen pasar, casi sin ser notadas, por el puente. El río se ensancha y el agua dorada copia las imágenes de las nubes y también los rayos de luz, como un espejo de buenos augurios. Un espejo brillante y antiguo.

Ella estaba allí, en la orilla, con su vestido blanco y los ojos fijos en la corriente. Los árboles susurraban voces y palabras. Yo hubiera deseado permanecer inmóvil, sin caminos y sin tiempos, pero aun así, si alguno lo hubiera notado, todo se habría roto como un delgado cristal de aire. Hubiera deseado permanecer siempre, junto al viento y al sol y a su imagen y al espejo conocido.

Pero me di vuelta y me marché, sin atreverme, sin cruzar. Entonces pensé que el murmullo de voces y palabras, era tan sólo un canto o un llamado. En los días siguientes regresé, furtivamente, como un ladrón o un adolescente, pero ella no volvió. Y después vino la plaza en sol y sus ojos de nuevo y ese mar blanco, extendido, y los domingos y ella navegando sobre el ruido como una vela alta.

La mujer va hacia la quebrada con el niño y el bulto de ropa. El niño salta y ríe y ella lo lleva y lo jala por la mano en la que falta el pulgar. Nació así. Yo ayudé a la mujer en ese día, cuando sentí sus gemidos en las casas de abajo.

("-Seguramente tratará de atrapar grillos entre la hierba."

-¿Usted lo había notado?)

1

-“¿Y sí los puede atrapar? -Sí. ¿Por qué? -Por lo del dedo. El que tú le cortaste. -No. No lo hice. Nació así.”)

Los puedo ver un momento más, antes de que crucen la puerta que cierra el camino. Parecen alegres. Ella algo le dice. Desaparecen detrás de la cerca y queda un vacío, también en nuestra habitación.

("-La odiabas, ¿no es cierto?

-No.

-Lo odiabas. Creías que era mío. Entonces lo cortaste el pulgar y esperaste a que regresara para ver lo que yo te podría decir.”)

Lo alcé entre mis manos y lo llevé al río, más abajo. Luego se lo devolví a la mujer, limpio. Creo que ella no comprendía lo que estaba ocurriendo, No podía comprender por qué la había ayudado. Yo mismo no lo sé. (No lo hice. No.)

-Entra menos luz.

-Sí, la tarde ha avanzado más. Ya hay algunas nubes.

-Si salió al mediodía, debe estar por el arroyo. No puede tardar ya.

-Sí.

-¿Por qué no te asomas al frente?

-Para qué. Aún no es tiempo.

Yo estaba sentado detrás de una muralla de cristal, en medio de ese patio viejo y abandonado, con sus tiestos y sus flores y carcomido por los matorrales. Los hombres hablaban no sé qué palabras oscuras, moviendo rítmicamente los labios. Pensé: "Debería matarlo."

Pero estaba escuchando la petición el otro, con la boca desdentada y los ojos hundidos y tristes. Ya no oía sus palabras, sino los mugidos de los primeros animales sedientos en carrera hacia el río, afuera en la calle. Pensaba en el pueblo distante, con sus coronas de marmajas y los caminos de parque y los silencios en la noche. Luz.

"-Vengo por la muchacha.

Apareció en el fondo y sentí que estaba más hermosa. Era como si de pronto hubiese empezado a llover y a mi gran muralla de cristal la surcaran pequeños arroyos, su sonrisa en cada uno, reflejada y ausente, al igual que aquel día en el río.

El viejo dice que me miró. Yo estaba muy lejos; me había marchado con el río y el puente hacia el otro pueblo. Madre-luz. Y el patio con los viejos mascullando palabras desconocidas se habían quedado definitivamente atrás, en otra patria sin tierra y sin sol.

Por la calle que va hacia la casa de la petición, los arrieros llevan los animales a beber. Cuando llueve el barro se multiplica, y al calentar el sol se levanta un olor a podredumbre y muerte que penetra en los zaguanes, en los patios, en los techos.

De la plaza ella baja siempre por esta calle. No conocí hasta aquella tarde la casa. Sólo entonces. Pero con su padre había hablado varias veces, cuando aún no habían cerrado el café principal. En sus palabras no se apreciaba la sumisión de los demás. En algo se parecía al viejo. Creí notario en el zaguán, a media luz, en donde la semejanza se acentuó. Por eso pensé: "Debería matarlo."

Yo continuaba ausente, en el patio, el mismo que había imaginado tan diferente. Ella se marchó hacia adentro, a una señal de ambos. Después siguieron hablando.

En el otro pueblo los niños jugábamos con pequeños barcos de papel cuando se formaban arroyos de lluvia en las calles destapadas que venían de la loma. Pero todo eso cambió con el ruido.

"-Vengo por la muchacha."

Pobre hombre sentado, sin atreverse a cerrar la ventana. Casi un niño que ha crecido demasiado, unas manos desproporcionadas, muy torpes para llegar hasta las hojas de par en par, pero no para caer sobre mi cuello, si no fuera porque al hacerlo se quitaría a sí mismo el aliento.

Hace sólo unos instantes pensaba en que nos habíamos ido distanciando día a día, hasta llegar a ser completamente extraños. Pero no ha ocurrido así. Creo verlo ahora con un poco más de claridad. Nos odiamos, como también a las cosas y cachivaches que nos rodean, pero es precisamente el odio acumulado gota a gota en el cuenco de la mano lo que ha llegado a aproximarnos, a hacer de nosotros un único deseo, una misma espera. Igualmente, lo que le ha otorgado su razón de ser a esta casa.

Lo pienso un poco más y creo tener certeza de cuándo y cómo llegó a seguirme a todas partes, sumiso, leal, como aquellos perros que llevábamos por el monte. Algún día te llevaré conmigo, le había dicho. Así que le bastó con esperarme cada día, escondido; adivinaba su respiración entrecortada al pasar cerca de la sala, en medio del sopor que cubría los objetos y a pesar de mis ojos turbios por la falta de sueño.

Entonces, aquel mediodía no me sorprendió encontrarlo pegado al marco de mi puerta, mirándome con una expresión absorta, con sus ojos que así se parecían más a los de ella. Hubiera querido recordarle mi prohibición, levantar la mano, gritarle que se largara, pero estaba tan desvalido, tan indefenso que no llegué decidirme. Un solo instante nada más, porque dio media vuelta y se fue, y al sentirle corriendo por el pasillo hacia el patio, hubiera deseado alcanzarlo con una maldición o una blasfemia.

No le ordené nunca que me acompañara. Tampoco me lo pidió. Pero le dejé hacerlo desde aquel día, pues aun cuando él no lo entendiera ni lo hubiera querido, sin siquiera abrir los labios, yo sentí como si me hubiera dicho: "Ya no tiene por qué ocultarlo."

Y además había llegado la hora de que principiara su aprendizaje, un poco como yo lo había hecho alguna vez. Rompiendo las ataduras. Dolorosamente.

DOS

El bisabuelo sabía muchas cosas. Creo verlo en medio de esa bruma desconocida y lejana, sentado aquí también, cuando quiso venir a morir a esta soledad de nuestra casa. Lo recuerdo cual si fuera un retrato más, a través de una pesada cortina de polvo, sentado en la poltrona central, o en la silla de mimbre, o inclinado sobre la mesa, entre una nube de papeles tan secos y sucios como su piel. Tenía los ojos extraviados, hondos, perdidos, buscando siempre más allá del tiempo, como si el resto de su cuerpo se hubiese detenido en el pasado.

Por las noches, la luz se colaba por las hendiduras de su puerta durante muchas horas, creo que hasta el alba. Yo lo observaba sin que pudiera notar mi presencia, en su silla, doblado sobre la mesa. Ya no hablaba. Pero con un pequeño lápiz entre esa garra que le había quedado, o entre esa raíz, escribía y garrapateaba furiosamente, en la tarde y en la noche, en aquellos papeles. "Está, loco", decían los peones.

Y cuando me acercaba a la mesa de nogal, sobre la cual pasaba muchas horas escribiendo, suspendía el trabajo y me miraba con aquellos ojos nublados, no sé si por el resentimiento. No me atrevía a hablarle y me marchaba en silencio. Tenía un gesto que en ese entonces me hacía contemplarlo como algo casi sagrado.

Lo encontraron, muerto sobre aquella montaña de papeles. Días después yo busqué el lápiz, afanosamente, sin poderlo hallar. Siempre con ese lápiz en la mano como si fuera su forma de hurtarle algunos minutos más a lo que estaba por terminar. Recordar o defenderse de una vida que ya se había consumido antes de llegar a las casas.

Cuando no sé cuál de ellos se dio cuenta de lo sucedido, cerraron su habitación y no me permitieron entrar. Más tarde me llevaron a la sala principal iluminada por un solo cirio gordo y alto. Allí me lo dejaron ver, envuelto en una sábana blanca que hacía resaltar más el cuerpo vencido, con su cara de madera que había adquirido un color gris plomo. Hubiera querido llorar. Pero sentía miedo. Como si al volver la vista lo encontrara todavía allí, en la poltrona central, ausente. Y además los otros no lloraban. Ni él, ni ella.

Muy temprano al día siguiente, lo bajaron en un cajón de madera nueva y olorosa, sobre las angarillas del caballo, y de contrapeso colocaron una cantina metálica, un poco oxidada. Nosotros marchábamos detrás, viendo el bamboleo de los bultos, uno un poco brillante y el otro opaco, y sintiendo el sol del mediodía sobre la ropa negra.

Lo dejaron en el cementerio. Años más tarde me enteré de que por una concesión especial, ya que había muerto sin confesión. "Es un hereje, como todos los de esas casas perdidas", había dicho el cura.

Pero seguramente debió de oír hablar de un parentesco lejano con Monseñor Perdomo, debió de acordarse de la repartición de parroquias y terminó por ceder, dejándolo allí, en un pequeño hueco, junto a los naranjos. Apisonaron la tierra recién removida; después le nacerían yuyos y campanillas. Sólo colocaron una cruz blanca, sin ninguna inscripción.

No sé por qué se aferraba o se afanaba tanto en escribir sobre esos trozos amarillos. Era como si lograra entrever que de todas formas iría a parar al mismo sitio en el cual iniciara su viaje, bajo la tierra seca, junto a los naranjos de hojas gruesas y oscuras.

Mucho después encontré sus garabatos casi ilegibles, junto con los viejos uniformes comidos por las polillas, en el baúl remachado que, según dicen, perteneció a la abuela. Sus escritos absurdos, marcados con fechas imposibles, sin sentido del tiempo, tratando de evitar una nueva muerte.

-¿Sabe? Pienso que todo esto no tiene sentido.

-¿Qué?

-Estar esperando aquí.

-Tienes que hacerlo.

-Sí, ya lo sé. Pero usted se las podría arreglar muy bien sin mí. No es necesario.

-Lo es.

No tiene sentido. Yo podría dejarlo solo. A fin de cuentas, cada cosa está decidida de antemano. Está enfermo pero bien podría esperarla él, con la seguridad de que no habrá de escapar. Podría así irme a hacer cualquier otra cosa. Pero está muy enfermo y el tiempo puede empeorar. Tal vez más tarde, cuando ya todo haya terminado.

-Ha cedido el sol.

-Pero por la noche se levantará el viento, como ayer, y se llevará las nubes.

-Sí. Habrá viento.

-¿Recuerdas? Cuando niño le temías. Crujía toda la casa y tú te echabas a temblar. Entonces yo te llevaba hasta tu cuarto.

Sentía miedo. Pero de eso hace ya muchos años. Me pregunto si el niño, en las casas de abajo, le temerá. Y sí la mujer lo llevará hasta su cama y lo meterá entre sus brazos.

El niño. No. No sé si lo quiero. Seguramente porque le ayudé a nacer. Sus comienzos fueron los gritos de la mujer. El viejo se había marchado al pueblo. Mientras limpiaba los antiguos cuchillos de monte la escuché quejarse, situado en la ventana, como hoy.

-Después trancaba las ventanas para que no se golpearan y pudieras dormir.

Cuando llegué a la puerta, la vi tendida sobre la cama revuelta, sábanas sucias, con los ojos muy abiertos, revolcándose, quejándose.

--También les temías a los ruidos, afuera, en la noche.

Tenía el rostro cubierto por gruesas gotas de sudor. Al acercarme e inclinarme sobre ella, me tomó fuertemente por el brazo con su mano callosa y gastada. Le sequé el sudor y le pasé mi mano por los cabellos mojados.

-Me pedías que te hablara de historias que ese hombre, siempre escribiendo, no te podía contar, o de los retratos del pasillo o de otros tiempos.

Cuando pasó todo, encontré entre mis manos ese pequeño bulto palpitante y sanguinolento. Ella se quejaba ya más débil, en un murmullo que se iba apagando.

-Luego te dormías.

Lo llevé hasta la quebrada y luego limpio, lloriqueando, con sus ojos recién nacidos muy apretados, con esos ojos de pez, se lo entregué. No dijo nada. Ni una palabra. Lo apretó contra ella y me miró. No se si pensó que yo lo había recuperado para devolverlo a sus brazos. Pero no dijo nada.

-Te acuerdas? Cuando entrabas al cuarto del abuelo y él te miraba con sus ojos perdidos, y tú te echabas a correr y me buscabas hasta encontrarme.

No hubo ninguna explicación. Luego él llegó. Parecía sorprendido. Durante algún tiempo pensé que podía ser su padre. Pero ya no.

-Y esas gentes de arriba. Y los borrachos del pueblo. Tú siempre sentías miedo.

-Sí.

Te contaba las historias que el viejo, rendido sobre su mesa, no podía referirte, pues ya para ese entonces había perdido el habla. Te las contaba sin convicción y me sonaban vacíos todos aquellos nombres: Santos Acosta, Herrera, Uribe Uribe. El gran Vargas Santos. Carentes de significado, sin contenido, muertos aun cuando al otro le siguieran rondando en la cabeza, lo acompañaran mientras proseguía rellenando papeles tan descabellados como su propia vida.

Podría hablarte de ellos con la seguridad de que tu imaginación terminaría por olvidar a quién pertenecían los nombres y que al crecer a mi lado acabarías por llamarles los próceres, a secas, sin que sintieras nostalgia y así pudieras construir también tú el futuro, sin necesidad de hacer paralelos. Nuestro futuro que está aquí en esta tierra, sin los figurones colgados en la sala, sin esos fantasmas, sin historias, pues todas están terminadas.

A medida que fuiste dejando atrás los primeros años, los hábitos iniciales, creo que llegaste, a comprender que en el fondo de todas las palabras que pudiéramos escuchar estábamos los dos. Que sólo me tenías a mí. También en alguna medida yo llegué a sentirlo respecto a ti.

Cómo no protegerte, cómo no defenderte de aquellos asquerosos en la plaza, de los otros que llegaban desde un poco más arriba, si unos y otros al atacarte sabían perfectamente que tú eras una prolongación mía, mi voluntad que por intermedio de ti estaría presente siempre ante ellos.

Pero hay una cosa que esas gentes no llegaron a conocer. Tú estabas destinado a perpetuarme, pero, además, y desde antes de nacer, lo estabas igualmente para llegar a ser aquello que a mí me había sido negado: mi debilidad, mi desesperanza, casi tristeza, la parte de mi cuerpo que permanecía allí fuera, paciente, vigilando la entrada, como en el cañaveral, como en esta ventana, esperando la llegada del final.

Por eso nunca te he reprochado nada. Me he limitado a observarte, a colocar mis manos sobre tu cabeza, ungiéndote, sin que lo notaras, pues al tiempo que la melancolía te ha ido invadiendo, yo he podido apreciar cómo en tus ojos ha ido apareciendo simultáneamente el orgullo de esta nuestra Casa.

Veía sus sombras escurridizas moverse, tambalearse, junto al árbol del centro. Sombras apenas, en medio de la plaza. A la luz de la luna susurraban cosas que yo no podía distinguir, que no me alcanzaban, que no acababa de comprender, parado en el atrio de la iglesia.

Debía pasar por allí. Junto a ellos. Tenía que pasar por allí para ir a buscarlo. El me permitía acompañarle algunas veces. No tenía entonces que esperar, agazapado en cualquier rincón de la casa, su regreso. Prefería acompañarlo aun cuando me viera obligado a cuidar el caballo y ayudarle a montar, recibiendo su aliento en plena cara. Y a llevarle de regreso hacia arriba. "Estará borracho", pensé.

Tenía que pasar junto al árbol. Las sombras esos hombres ocultos, también estaban borrachos. Los veía tambalearse y chocar. Me esperaban.

Comencé a caminar hacia ellos, oyendo el palpitar en las sienas, sintiendo el sudor en la palma de las manos. Al acercarme arreciaron las voces pero sin poder identificarlas todavía. Cuando pase al lado alguno me tomó con fuerza por el brazo. Yo sentí aquellos dedos como una garra gigantesca y pude ver sus rostros turbios a la luz de las colillas que pendían humeantes, rojas, de los labios. Pequeños puntos luminosos.

-Vamos a matarlo.

-No. Mejor déjenmelo de mi cuenta. Para que no sea como el taita.

Estaba llorando, acorralado frente a la puerta de la iglesia, hasta donde me arrastraron sin mirarme. Tenía miedo. Algunos alargaban sus cuchillos brillando bajo la luna. No sé cómo apareció. Ni de dónde. Sólo vi. caer a aquel que estaba más cerca de mí, cortado de un solo tajo por el machete que le cayó en el cuello.

-Hijueputas.

-Lo mató.

Estaba todavía acurrucado, sintiendo el sudor que me pegaba la camisa. Llorando. El me levantó y abrí los ojos. Durante todo aquello los había mantenido cerrados para no ver esos otros ojos sorprendidos, ni la sangre sobre las baldosas, ni el cuchillo sin usar que había caído cerca de mí. Estaba borracho, tanto como los

demás. Me miró con los ojos inyectados, semiocultos bajo los párpados. Tenía los cabellos revueltos. Creo que en ese instante pensé en que no existía diferencia alguna: la misma boca jadeante, el mismo odio, idénticos gritos. Inmediatamente, empezó a golpear con el lomo del machete la puerta gigantesca. A llamar con voz ronca. A blasfemar.

"-¿Tenías miedo? Vamos" -dijo, y me puso una de sus grandes manos alrededor del cuello. Los otros habían huido.

Está enfermo. Al menos eso dijo el del pueblo y dejó los remedios. No podría abandonarlo ahora. Después. Pero ¿y ella? ¿Y esa pobre muchacha de allá arriba? Esa muchacha violada. Y esa puerta que no podía resistir los golpes. ("Los hombres estarán trabajando en el otro campo.") Esa muchacha de ojos tristes, que fabricaba unos cuantos objetos con la arcilla de la entrada y que se metió en la choza tratando de huirle, como si adivinara el deseo del viejo. Pero la puerta se abrió incapaz de contenerlo, de soportar aquella fuerza. "Espérame", dijo. Y yo, teniendo los caballos mientras él la atropellaba. Mientras ella se debatía, se retorció de asco y de terror. Pero qué otra cosa hubiera podido hacer. Nada. Seguramente debió de quedar llorando.

Ahora tampoco puedo evitarlo. El la espera, la ha elegido. La ha reclamado y ella habrá de venir. Ella, con sus grandes ojos castaños. La otra, más allá del cañaveral, con los ojos tristes, feos. Con los ojos casi niños, asustados. Tendré que esperar. Además, no tengo por qué intervenir. No puedo hacer nada. Tendré que esperar. Nada más. El está enfermo y podría necesitar me y aunque no fuera así, estoy atado y ciego, junto a esta ventana.

-¿Qué hora será?

-Más o menos las cuatro.

Ella debe venir por el camino, vestida de blanco, como una novia. La ha exigido. Vendrá sin compañía, con su vergüenza quemándola. Con su absurda resignación.

("-¿La viste, el último día que bajamos? Se escondió en el fondo al oír nuestros pasos.

-Sí, la vi.,

-¿Cómo te parece?

-¿Cómo te parece qué? -Ella.

-¿Para qué lo pregunta? Es usted quien espera. Yo sólo miro el camino.")

Blanca y limpia. Cerca del río. Por el mismo puente del primer encuentro con su imagen. Cantando, pero con la tristeza dentro.

("-Contéstame. ¿Cómo te parece? -Es hermosa. -¿De verdad te parece hermosa? -Sí. -¿Y qué más? -Es hermosa.")

El mar revuelto cubriendo la plaza. Ella cruzándolo hacia mí, para que la rescatase de esa inmundicia, casi con una esperanza en los ojos semicerrados por la luz.

("-¿No te has fijado en su cuerpo? -Sí. -te has fijado? -Sí. Es hermosa. -Ahora qué diablos te pasa. ¿Te disgusta? -No. Simplemente le digo lo que pienso.")

En el puente me marché sin hablarle, sin decirle nada, para no romper el espejo de aire y luz, en el cual se podía tocar su voz, reflejada, rodeada por los árboles, con cantos lejanos.

("-¿Vendrá? -Sí. Vendrá.")

Me miró. En la plaza y también cuando fuimos a exigirselo al padre. Eso mismo dijo el viejo, hace un rato.

("-Ella preferiría acostarse contigo. Eres más joven.

-Cállese.

-Te has acostado con una mujer, desde que pasó lo de ella? ¿Sí? ¿Te disgusta que te pregunte? Dices que es hermosa.

-Cállese.

-Te disgusta. Ya está muerta y nada se puede hacer. Si quieres te digo que también ella era hermosa. Pero aquel hombre con su casa y sus buganvillas.

-Cállese.")

TRES

-No sé cómo pudo pasar todo esto. Nunca había sentido nada hasta esta tarde.

-Tal vez sería el trabajo.

-Tal vez.

-O el tiempo.

-Sí. ó será que me estoy volviendo viejo, ¿Sabes? En eso no había pensado. Pero, bueno ya habrá de pasar. Me siento mejor y dentro de poco me podré levantar de nuevo.

Está seguro. Pero yo lo escucho respirar con dificultad. Cuando volví con el hombre y los remedios, tenía los ojos hundidos, como ausentes. Está seguro. Pero si pasara algo. Ó si se debilitara aún más. Ö si desapareciera. En eso no piensa, ó tiene miedo de hacerlo.

-Ella va a llegar y dentro de poco ya me encontraré bien. Sí.

Si poseyeras algún poder o fuerza oculta y le devolvieras la fuerza al viejo. Y también a mí. Si nos restituyeras la vida que hemos enterrado bajo estas malditas piedras tendidas al sol, o lavadas en otra época por la lluvia y las crecidas. Pero no. No puede ser. Antes de que termines de llegar y principie tu canto en el patio, ya tendrá que haber sucedido algo. Que haber sucedido algo. Algo.

-¿Sabes? No creo siquiera que necesite realmente de esos putos remedios. Ya me alentaré solo.

Miro la hendidura en la baranda. Como una cicatriz que se nos hubiera escapado desde adentro para colocarse frente a nuestros ojos, dotada así de un material o madera más estable, permanente. Acusándonos. No sé por qué la hice. No sé qué nos une. Nada. Algo. Qué nos une, qué nos ha atado en todos estos largos años, en estos días fatigosos, hasta habernos hecho crecer raíces en los pies. Hasta cortarnos de un tajo los caminos. El abuelo (¿o bisabuelo?) estuvo en Europa. Lejos. Y sin embargo nos vinimos hasta aquí, como si huyéramos, con la carga de nuestros recuerdos y nuestra vida pasada. El viejo sigue hablando atrás, con una voz borracha, completamente borracha.

Ella se acomodaba, rígida y silenciosa, en alguno de los asientos de la sala grande, frente a los retratos, sin mirarlos, y lo esperaba. No emitía ninguna queja, no hacía una sola pregunta, pero por dentro sé que había un reproche. Por dentro o en los ojos. ("Algún día nos marcharemos para no regresar y tú tendrás que ir a buscarnos.")

De niño no entendía sus silencios obstinados y secos, ni sus ojos ausentes. Ella esperaba y esperaba, no sé por cuánto tiempo. Debería de ser hasta el alba. Me quedaba dormido y al otro día todo amanecía como siempre: el aire y los juegos entre los matorrales. No entendía tampoco por qué en el otro pueblo esos mismos silencios se hacían más pesados, si ya no tenía -al menos así lo pensaba yo- que esperar.

Aquel día en que nos hallamos definitivamente solos, el viejo y yo, y en el que me di cuenta de que también mi voz y mi cuerpo habían crecido, sólo en aquel día, pude entenderlo. Pero me quedaban las palabras: "Tendrás que ir a buscarnos."

¿A quiénes? Si yo me había quedado en el patio de tierra, con mis pobres juegos abandonados. Y además, por qué no iba a buscarla, si ella lo esperaba hasta el alba. Ó pensaba seguramente que ahora le correspondería esperar a él. Un nuevo juego.

El regreso: Creo que entonces supe comprender. En aquellos días me sentaba en los muebles empolvados de la sala, diciéndome que yo no esperaba. O esperando, a pesar de que, al oír los cascos del caballo en el empedrado del frente, me echaba a temblar y corría a esconderme en cualquier rincón de la casa.

Pero la guardaba inútilmente detrás de sus largas ausencias, y en algunas ocasiones, con las mejillas pegadas durante horas a la ventana, miraba hacia la noche buscando su silueta. Con la luna alta, lo veía entonces, tambaleante sobre la montura, acercarse, mientras escuchaba -me decía a mí mismo que era la boca de otro, de un ser extraño-, sus blasfemias y sus maldiciones ("algún día nos iremos").

En otras mañanas lo traían (¿vencido?) atravesado sobre su caballo, gentes que yo había visto ya alguna vez en el pueblo. Lo descargaban en el patio y lo llevaban dentro como un fardo, para colocarlo sobre esta gran cama dorada. Entraban y salían sin pronunciar una sola palabra, embozados en sus bayetones, como si cumplieran con un rito extraño e imposible.

Yo no entendía por qué esas gentes, con sus rostros enjutos y antiguos, lo escoltaban hasta aquí. Por qué, como guardias a lado y lado, simulaban ese desfile a la vez grotesco y solemne, siempre sobre sus mulas, detrás del caballo y su carga vacilante.

El viejo no decía nada en muchos días, como si algo de sí mismo se hubiera ido muy lejos, o simplemente le pesara demasiado. Pasado aquello, regresaban la espera y los gritos, y las herraduras repicando en el patio como campanas y los pasos lentos del caballo al llegar en la noche. Y la huida.

Entraba dando tumbos hasta su cuarto, golpeando las paredes, derribando cosas, las cuales desde mi refugio imaginaba fantásticamente: una silla de nácar, víboras quietas, expectantes, una mesa tan alta que casi tocaba el techo, un vaso flotante de color rojo.

Yo permanecía oculto en el comedor de vitrales sucios y descoloridos. Algunas veces me llamaba con voces torcidas, amargas, pero yo no acudía a su llamada. Vengándome. Ó por miedo. Cuando todo parecía calmarse, retornar a la normalidad, entonces sí me marchaba a mi habitación a dormir, más tranquilo.

Nunca me asomé a su habitación. Creo que por respeto. Pero alcanzaba a imaginarlo, enrarecido el aire como un cristal al soplar junto a él repleto de alcohol y porquería.

Sólo un día, no sé cuándo. Tal vez en primavera. Había estado con las mejillas pegadas a la ventana, casi toda la tarde. El viejo llegó vociferando y se tumbó en la cama. Yo no comprendía sus palabras. Debí dudarle mucho, pero así, temblando, me acerqué a la puerta y al abrirla chirrió como un lamento. Estaba tendido sobre la cama, de bruces. Lo alcanzaba a ver o lo presentía, delirante y terrible, pero no podía entender lo que decía. Imaginaba blasfemias. No sé. Tal vez las mismas maldiciones de siempre. No sé lo que mascullaba, como un nombre, tendido sobre la cama grande.

No sé. Creo que era algo así como si llorara. Pero no podía ser. No me cabe aún en la cabeza, pues esa era una cosa que simplemente no conocía: es más, que no ha existido ni aparecerá jamás en su rostro. Cuando quise acercarme más, las tablas volvieron a sonar. "¿Quién?", dijo y trató de girar. Después huí

-Tú la conocías? Quiero decir, si la habías visto antes de aquel día en que la seguimos por el camino del río, cuando los hombres con quienes hablamos en la esquina nos respondieron.

-No.

-Creí que ya sabrías algo. Era como si trataras de disimularlo.

-¿Por qué habría de hacerlo?

-No sé. Una impresión no más. Yo no había reparado en su presencia hasta ese día.

En el café se reunían las gentes, sudorosas, sedientas. No importaban el calor ni las moscas, ni siquiera el delantal sucio de la mujer, ni las manos más sucias todavía, ni la plata colocada cuidadosamente entre el seno, ni el trapo negro con el cual limpiaba la boca de las botellas recién destapadas. Todos se reunían, o mejor, sí, en ciertas ocasiones, todos nos reuníamos allí.

-No sé cómo no me había enterado antes. ¿Sabes? Me da risa pensarlo. Tanto tiempo ahí, en nuestras propias narices, pudiendo encontrarla. Tanto tiempo sin saberlo. Siempre se conoce todo lo que pasa en el pueblo y ni tú ni yo nos habíamos enterado. Nos reuníamos allí y hablábamos. Ó yo me sentaba en una mesa cerca y los escuchaba hablar. O se reían.

("-Dicen que se baja hasta el puente.

-Sí.

-Y hasta el viejo alcahuetea. Ni siquiera se mete. Sólo abre la puerta.

-Yo he ido. Se golpea tres veces en la ventana de la izquierda y ya está.

-Todos han ido. Creo que hasta Manuel. El juez se encontró con él una vez al salir.

-¿Para qué querrá la plata?")

Al barrio de abajo, los hombres van por las noches, cargados todavía de sermones, un poco borrachos, temerosos de que alguien los pueda observar detrás de esas ventanas cerradas. Esquivando los encuentros. Ocultando el rostro. Casi temen al ladrido de los perros que los puede delatar. Pero de todas maneras se sabe. Quiénes y cuántos bajaron.

("-En invierno, con esa calle repleta de ganado, uno se embarra hasta el alma. Pero a ella no le importa. Creo que vale la pena.

-¿Sólo la plata?

-¿Para qué la querrá?")

Hablan y hablan. Mientras, yo la recuerdo caminando por la plaza en sol, diferente, como un vela solitaria. Yo la he visto y he viajado desde la lejanía hacia sus ojos castaños. Hablan de otras. Sí.

("-Lo cierto es que siempre la había deseado. Desde cuando con los otros hablábamos en la plaza.

-Entonces decidió pedírsela al viejo. Mejor tenerla de una vez por todas.")

Pero ha debido negarse. No aceptar. Decirle que no a la resolución o al temor del padre. Ha debido matarlo, digo. No someterse, ni aceptar. Pero no podía hacer otra cosa, con los ojos clavados en el piso y él demasiado viejo, agobiado por las palabras que se la exigían.

("-Y tenerla a todas horas.")

Todos son unos puercos. Ninguno se había atrevido a hablarle cuando pasaban por su lado en las calles. Y esas viejas negras y baboseantes, vociferando, salpicándolo todo. Escupiendo pestilencias a la salida de misa. Deberían caer todas en un infierno de barro y desperdicios, formado con su propia saliva, saturado de espinas y de las mismas palabras que han pronunciado.

("-No debería atreverse a salir a la calle.

-Es un desacato.")

Viejas del demonio. Yo la vi en el río, mirándose en un espejo de aguas tranquilas, cantando bajo la luz. Naciendo y creciendo blanca.

("-Alguien debería intervenir. O al menos hacerlos echar de aquí.

-O negarles la absolución.

-Sí. Mejor.

-Es una vergüenza.

-Deberían acabar con eso. Nos tiene cogidos el diablo,")

Hablan de otras. Todos. Chismes únicamente. Mentiras.

-La verdad es que tiene ojos grandes. ¿Te has fijado? Grandes y castaños.

-Creo que sí.

Afuera, las nubes han logrado cubrir el sol por completo. Sólo queda una luz de media tarde, cenicienta, un poco triste. El viejo continúa hablando y parece como si no se fuera a callar nunca más; como si hubiera de hacerlo por los años que nos restan de espera. Pero ya falta poco. Entonces todo se habrá de decidir.

-Es casi tan alta como tú. Me fijé bien en eso, cuando pasó cerca de nosotros. Te dará a la mejilla o algo así.

El niño y la mujer han desaparecido. No los he visto regresar. Tal vez ya se habrán metido en la habitación para cocinar aquellas yerbas amargas y escasas. No sé cómo pueden vivir. Son dos sombras en el aire. No sé de qué viven. Cómo pueden hacerlo, pegados a nosotros como dos parásitos, si a todos nos comienza a escasear el aire, o la luz, o la sangre. La huerta que cultiva la mujer está llena de matorrales y alimañas. No sé. Pero el niño es una sombra que apenas juega con cosas imaginarias.

-No sé cómo pudo pasar tanto tiempo sin saberlo. Ni tú ni yo. No sé.

Los hombres hablaban, murmuraban entre carcajadas. Pero yo no los escuchaba. Ni deseo oírlos jamás. Mienten como siempre. Ahora todo será distinto y sólo resta esperar a que termine de caer la tarde.

-Ese hombre del pueblo no sabe en dónde está parado; ni sus remedios sirven para nada. El bisabuelo sí que sabía algunas cosas. ¿No te lo había contado? Estudió mucho, hasta creo que en otro país. No recuerdo en cuál.

Mi padre. Ese viejo tendido a mis espaldas, metido entre las sábanas sucias, sobre la gran cama de bronce.

CUATRO

Bajábamos por la calle repleta de barro e inmundicias. Procuraba no pensar. Sí, ahora lo recuerdo. Bajábamos despacio, midiendo los pasos, como si él, lo mismo que yo, supiera que algo se iba a definir, como si temiera, como si pudiera entrever que todo esto iba a pasar y que finalizaría con su cuerpo tendido en una cama, y yo junto a esta ventana esperando.

Bajábamos despacio, con la cabeza inclinada ligeramente él, casi rozándonos, cerca. Arriba el sol continuaba su labor para pudrir la tierra bajo nuestros pies. Me hablaba, hablaba sin parar, hablaba de Ella, creo que para olvidar, o como yo, para no pensar.

No sé por qué me pidió que le acompañara. Tal vez para confirmarme su supremacía. El también lo debería saber. Había notado mis ojos y sus ojos en la plaza. Y me había dicho, desde antes, desde que salimos de esta casa hacia un final, que íbamos a pedirla.

Golpeamos en la puerta y en las ventanas, manchadas igualmente por el barro. El padre poco parecido a él, en no sé qué, nos hizo seguir hasta el patio central. Parecía como si también lo supiera, un poco cómplice, como si se hiciera partícipe de ese algo que terminaba allí, y lo aceptara con resignación, casi con alegría.

Ese gran osario, y el patio cubierto de cadáveres, lleno de cosas muertas. Cubierto de cicatrices obscenas. "Es una desvergüenza." Sí. Todos aquellos tiestos rotos y acabados, vacíos, suspendidos en un sueño o letargo definitivo.

("-Vengo por la muchacha.")

El otro pueblo y la ciudad vibrando bajo muchas luces extrañas. Y él, abuelo o bisabuelo que alguna vez estuvo en Europa y que conoció una ciudad tranquila, con un río que la dividía o la unía en un abrazo. El otro pueblo, que se despertaba con los gallos de riña y con las pisadas y con los ruidos de potros ariscos y con las carretas tiradas por bueyes pardos. Y años más tarde, con los chirridos de los viejos tranvías.

Pero él y todos (¿yo aún no había nacido?) nos vinimos hacia aquí, sin darnos cuenta. "Tu bisabuelo el médico." Y los libros viejos en los que esperaba hallar figuras extrañas, en los cuales aprendí a leer y que ahora ojeo y vuelvo a sostener entre mis manos, en los días en que el aire está ardiente y pesado. Esos libros arrumados en el olvido del último cuarto del pasillo.

("-Vengo por la muchacha.")

Me coloqué en el patio, junto al reguero de destrozos y construí poco a poco una muralla de cristal, incolora pero lo suficientemente densa para que no me llegaran los sonidos.

("-Vengo por la muchacha.")

Ella apareció desde el fondo de la casa y después huyó. ¿Huyó? Yo estaba sumido en un mar de recuerdos incomprensibles. Pero había algo definitivo: me había sometido. Nada más. Estaba sentado allí, sobre esa silla sucia y no era capaz, no podía saltar hacia la puerta, cruzar el zaguán a media luz y marcharme lejos. Entonces, no me quedaba más remedio que esconderme tras esa pared transparente, cubrirme de recuerdos, escabullirme para no escuchar las palabras pronunciadas por los labios que al alcance de mi mano, en el corredor, se movían rítmicamente. Y cerrar los ojos.

Alguna vez intenté huir, allá, en los altos. Íbamos a caballo por el campo abierto y libre, uno junto al otro. Pero existía cierto elemento en el aire que ¡o ensanchaba, que lo empujaba hacia arriba. Ó dentro de mí

No le dije nada. Yo era todavía un muchacho y en ese tiempo hablábamos mucho. Sin embargo no le dije nada. Íbamos en silencio oyendo el respirar oscuro de los animales al apurarlos con la rienda ó el juete. Algo había en el aire.

De pronto clave los tacones en la panza del mío y me alejé, me fui adelante El estaba descuidado, pensando seguramente y por eso no reaccionó en el mismo momento y se quedó rezagado. Ó al principio creyó que se trataba de un juego. Me alejaba más. –“¿Qué pasa?” gritó. Estaba a mis espaldas y la voz me llegó desde muy atrás; así, al volver a mirar, tan sólo comenzaba a hacer andar su caballo. El viento me golpeaba muy fuerte en la cara y entonces supe que ese algo, sin saber qué era, estaba dentro, y que ahora se rompía como si me desprendiera de un puño que me hubiera tenido apretada la garganta por mucho tiempo.

Oía sus gritos cada vez más atrás, como si ellos huyesen de mí, o como si vinieran de un mundo al cual no podía ni debía regresar nunca. "Debo llegar a la arboleda", pensé.

No sé por qué pensé en esto. Tal vez creyendo que, si la alcanzaba, habría logrado salvar el abismo que durante esos años iniciales me separaba de muchas cosas deseadas sin atreverme siquiera a pronunciar su nombre.

El viento silbaba y cantaba en mis oídos al acercarme a aquella isla erizada de árboles altos, dorados al sol de la tarde. Pero también me traía su voz llamándome desde ese otro mundo que poco a poco se alejaba, un punto insignificante en el horizonte.

("-Mannueel, manuel, mmmanuuueell.")

Al llegar a la arboleda cruzando ese abismo de tierras, las voces se acrecentaron. Tiré un poco del caballo y salté. Al caer, el animal asustado aumentó la carrera y se perdió entre los matorrales más espesos.

Me dolía el cuerpo y sentía la humedad de las hojas caídas, con la cara pegada a la tierra, escondido. Me arrastré hacia otro sitio en el cual pudiera ocultarme mejor. Allí caí en la cuenta de que estaba respirando muy fuerte y que me comenzaba a sangrar el rostro, sucio y raspado.

La voz se acercaba llamándome y sentía cada vez más próximo el golpe de los cascos del otro caballo, como si también ellos me llamaran. Lo que había por dentro se expandía más y más, me sentía crecer, tendido sobre las hojas, con la boca pegada a la tierra para apagar la respiración.

("-Mannuell.")

El me llamaba al pasar junto a mi escondite. Pero siguió de largo. Sin embargo, creo que estuvo mucho tiempo entre los árboles. Después se marchó. Entonces me tendí boca arriba para respirar un nuevo aire, para mirar cómo se juntaban las copas, por el viento, arriba, dejando filtrar las últimas luces. Tenía hambre y sentía su mordedura, sed también. Arranqué varias raíces y las mastiqué muy despacio, sintiendo su sabor terroso y acre.

Empezaban a levantarse las estrellas sobre el cielo limpio. No había luna. Me tendí de nuevo sobre la hierba y durante largo tiempo continué pensando en muchas cosas que ahora no recuerdo, pero que hasta entonces no había dejado escapar de mi cabeza, cortándolas, negándoles toda salida. Como un río negro. Las pensé y las grité a pleno pulmón, descargándome de ellas, un fardo, un lastre.

Después dormí envuelto en el frío y en los sonidos que salían de la sombra. Había logrado salvar el abismo, esa separación.

Me desperté al amanecer, con las ropas mojadas por el rocío, pero ya había pasado todo. Lo del día anterior había quedado muchos siglos atrás, relegado. La arboleda había desaparecido en medio de una luz débil y volvía a estar en medio del campo, indefenso, sin un lugar para esconder la vergüenza, que un poco comenzaba a invadirme.

Regresé caminando por sitios idénticos a los del día anterior, por el mismo arroyo, despacio, así sin querer, pero aumentando el paso a cada trecho. Aún me dolía la pierna. La luz iba emergiendo igualmente, débil primero, más fuerte después, sobre las montañas que me cubrían la espalda. Volvía sobre mis pasos como de una antigua derrota.

Al llegar al recodo, las casas aparecieron frente a mí. Casa Mayor. Hacienda la Concepción. Casas. Así, a la luz del amanecer, con el dolor hiriéndome la pierna, cojeando, se me aparecían de golpe, como un montón informe de ruinas, una serie de cuevas idénticas, blancas, habitadas por animales salvajes y desconocidos.

Tenía deseos de llorar. De tenderme sobre la tierra recién levantada y llorar. Esas cuatro casas que todavía se erguían en rebeldía, esas cuatro casas fabricadas con paciencia, con la fatiga de no sé cuantas generaciones, hechas con barro y lágrimas. Esas ruinas.

Entré en el patio de enfrente, por el portal de madera, semiderruido. Las caballerizas estaban vacías. Había un silencio pesado y solemne.

Era como si regresara de un viaje por países que justo al llegar aquí hubiesen desaparecido. Como si también en esta mi tierra sólo quedaran unas ruinas blancas, amontonadas y confundidas con las piedras no labradas, en donde antes se levantara el orgullo. "Padre. Padre", volvía a gritar. Pero el viejo no estaba en las casas.

-Se va el sol.

-Sí, un poco.

-Por fin principiará a llover. Era tiempo.

-Y si llueve.

-Y si llueve, ¿qué?

-Digo, si llueve ahora. Eso podría prolongar la espera.

-Tienes razón. Entonces será mejor que se alejen las nubes.

Que se vayan las nubes. Como si también esto lo pudiera decidir. Como si su voz, ronca y gastada, pudiera detenerlas u ordenar su marcha. Estoy cansado, profundamente cansado. Sin embargo ya falta muy poco, a lo sumo un par de horas más. Ella se puede presentar de un momento a otro. Pero el viejo puede estar seguro de que no voy a quedarme inmóvil, aquí, aceptando sus nuevas órdenes.

Deberías irte, marcharte lejos. Escapar. Pero no hay tiempo ya para borrar lo que ha sucedido, ni siquiera para poder olvidar.

Has esperado hasta el último momento, sin saber, sin intuir que éste no ha de llegar jamás; pensando y diciéndote cada día al anochecer: "-Mañana."

Resolución que se desmoronaba a la par de tu vida. Mañana. Palabras, nada más. Así, te limitas a quemar sus cosas en el patio, sin darte cuenta de que, junto con ellas, esa palabra se transformaba en el mismo humo espeso, perdía todo su contenido. El poco que aún conservaba después de aquella madrugada en la cual regresaste a la Casa Mayor, avergonzado, abandonada toda tu fuerza en la arboleda de la noche anterior.

-Creo que en una semana ya me sentiré mejor. Tan bien como antes. Habrá mucho trabajo por hacer, restituir y colocar en su sitio las cosas esparcidas, desatrasar.

-Ya no es posible.

-¿Qué?

No sé si debo decírselo. Ó mejor que lo sepa cuando me levante de la ventana para irme. Entonces verá claro y entenderá que no todas las cosas se pueden planear, como si se colocaran en casillas numeradas de las que algunas sólo pueden realizarse y cobrar entidad en un determinado momento. Ni antes ni después. Pero tiene la manía de programarlo todo, de sentir que únicamente él puede hacerlo. Como con ese hombre. Le dije que no lo hiciera. Que era cosa mía.

-¿Qué?

-Digo que puede no ser así.

-Será así.

Pero él tenía que hacerlo. Ahora creo y me parece comprender por qué. No tanto por mí, sino por él mismo. Porque no pudo obrar cuando le correspondió: a su debido tiempo. Yo le dije que no. Pero me arrastró sobre el caballo hasta la entrada, con sus buganvillas florecidas.

("Buenos días.") El hombre sonreía con esos dientes blancos y fuertes. Parecía feliz. Sin embargo, se le fue encima y aún sobre el suelo continuó golpeándolo muchas veces hasta manchar con su sangre las piedras y la hierba fresca.

Estaba terminando de amanecer. Yo le había dicho que no lo hiciera. Se lo había pedido, explicándole que era cosa mía. Que era mi mujer. Pero él tenía (¿ó debía?) continuar haciendo las cosas por su cuenta. Cada una parecía pertenecerle, o al menos así debía de figurárselo.

Y ella, cuando llegamos a las casas, ya se había marchado. Así la muerte del hombre fue todavía más inútil. Sin razón de ser.

-No.

-Por qué?

Esta vez no. A pesar de su enfermedad. A pesar de todos estos años juntos. A pesar de las casas, fatigadas, canosas. En esta ocasión no lo he de aceptar. Ya no logrará retirar las nubes con su voz, ni parar el viaje del sol con un deseo ó una mirada.

Ya no podrá manejarlo todo porque es demasiado tarde para hacerlo. No dispondrá nada. Al menos no de mí. Es ese mismo sentimiento ensanchándose en la arboleda hace tiempo y desde entonces oculto en un mar de olvido. También hoy me iré, quizás oyendo voces a mis espaldas, pero escuchando también otras palabras adelante, invitándome a saltar el abismo que me separa de mi vida, ofreciéndome, sugiriéndome una resurrección.

-¿No lo entiende? Ya no puede ser así.

Siempre tu maldita paciencia, tus ojos sometidos, ciegos, con los cuales debería necesariamente encontrarme, al salir de cualquiera de las casas del alto.

Y al deseo, la idea rondando en mi cabeza temiendo cruzar el umbral y comprender, confirmar que aún estarías allí sosteniendo el caballo cuando en lugar de tu mirada huidiza hubiera debido existir un grito, una protesta. No la resignación. Sin escuchar los sollozos detrás de mí, casi deseando cruzar cualquiera de aquellas puertas y no hallarte.

Quisiera decírselo de una vez por todas. Pero todavía algo me aprisiona, como si no lograra escapar de una red en la que hubiera caído desde un comienzo. Afuera, el aire deseando iniciar un viaje o un giro. Comienzan a volar los primeros pájaros nocturnos. Por qué si aún falta tiempo para anochecer. Hay un gran silencio, no el mismo de siempre en este monte. Por qué la mujer no se echa a cantar con una voz tan delgada que se escurra por todas las grietas de la casa. Y el niño que ya no juega como si de golpe se hubieran terminado el espacio y el tiempo; como si hubieran caído pesadas cadenas sobre las cosas, imponiendo un silencio total.

Espero, miro afuera y deseo, sabiéndolo absurdo, que las piedras de la entrada se hundan y se modifique de alguna manera este desierto de frente, construido a semejanza nuestra por alguna mano anónima.

-Tú sabes que nada ha cambiado, ni puede cambiar. Permanece. Continuamos siendo los mismos.

-No.

-Ya no es tiempo. Hubiera podido ser antes.

Hoy. Me marcharé en cuanto ella llegue aquí a nuestro patio. Pero no como en ese día de la fuga interrumpida por mí temor. Hoy será sin regreso y sin caminos que me llamen. Cree que no puedo abandonarlo. Se ha negado a admitir esa posibilidad. La realidad de las cosas que se le han escapado de sus manos.

Le quedo yo. Como una más que hubiera fabricado con paciencia, lentamente, alfarero, barro o arcilla entre sus manos. Como un Dios sin límites. Me marcharé para que no existan más genuflexiones ni sometimientos. No tendré por qué admitirlo, ni por qué soportar su llegada, ni encontrarme con sus ojos tristes, conforme.

-No. Las cosas pueden cambiar. ¿Y qué podrás hacer? -Marcharme.

Marcharme. No le terno a la soledad. En los últimos tiempos nos hemos distanciado, si es que se puede decir que en alguna ocasión estuvimos cerca. Ya no nos quedan palabras. Sólo silencios amargos. O sus gritos. No lo voy a aceptar. Me iré y podré salvar el abismo y prolongarme fuera de este mundo que el ha levantado y destruido.

¿Por qué no lo hiciste aquella noche? No sé si tú también te lo has preguntado alguna vez, pero en este instante en que nos encontramos vencidos por la interminable serie de segundos acumulados, creo que tanto tú como yo hemos encontrado la misma respuesta. En qué mundo hubieras podido hallar el sitio para ti y para aquella parte mía que a cada momento tendrías que arrastrar, como una sombra. Dónde, si tú también de alguna forma seguirías existiendo en medio del campo y de las piedras con las cuales formaste la Vida, y ésta y aquéllas igualmente habrías de llevarlas en la sangre, enfermedad o tara que no podrías olvidar.

En el fondo, creo haber deseado tu fuga, tu alejamiento definitivo. Un parto que te debería haber llevado por caminos seguramente más dolorosos que éste, junto a la casa, designado desde siempre para nuestro retorno día a día.

Si te hubieras ido aquella noche, yo hubiera podido cerrar puertas y ventanas y sentarme en la oscuridad de la sala, a esperar que todo llegara a su fin. Tranquilo porque la obra estaba concluida. Regresaste y ahora ambos estamos atrapados en el vacío, flotando, sed inacabable en la garganta.

CINCO

Los hombres estaban completamente borrachos. Yo alcanzaba a entrever sus sombras meciéndose junto al árbol central. Fumaban y en la oscuridad se insinuaban sus caras negras al iluminarse brevemente con el pequeño fuego de los cigarrillos.

"El también estará borracho", pensé.

Los hombres hablaban en voz baja, casi en secreto. Yo hubiera querido marcharme pero debía atravesar la plaza para ir a buscarlo. Caminaba despacio, deseando demorar el encuentro. Se reían.

Pasé poco a poco, en silencio, como si temiera que el ruido de las pisadas los volviera hacia mí. Pero ellos, balanceándose junto al árbol, me esperaban, sabían que estaba pasando por allí, lo intuían.

Pude contarlos: "-Son cinco." De pronto empezaron a gritar y a gesticular.

-Es el muchacho.

-Vamos a ver si es igual al taita.

Alguno me cogió de un tirón por el brazo, con su garra. Pero en ese momento no sentí miedo. Sólo después. Cuando me arrastraron hacia el atrio, empecé a temblar. Creo que también lloraba, acurrucado allí, contra la puerta principal.

Veía sus caras negras, sucias y sus bocas que se torcían en muecas, o en risas. Uno de ellos sacó un cuchillo largo y brillante. Yo seguía llorando sin gritos, casi ahogado, bajo la puerta labrada. A través de la cortina líquida que no lograba ocultarlos, continuaba viendo sus rostros distorsionados y sus gestos de burla. Estaban borrachos. Y más atrás el árbol.

-Es casi un niño.

-Mejor. Vamos a caparlo para que no sea tan asqueroso como el viejo -dijo uno y avanzó un poco hacia adelante, con el cuchillo desnudo.

Los otros vociferaban, emitían sonidos ininteligibles. No sé cuándo o cómo apareció él. Sólo vi caer el machetazo y al otro, el del cuchillo, cuando se desplomaba como una rama tronchada. Cerré los ojos queriendo no grabar su cuerpo, no precisarlo, tendido junto a mí, un objeto abandonado frente a la puerta por la cual un día u otro habría de entrar.

Afuera, con los ojos cerrados y a pesar de apretarlos con fuerza, podía escuchar las maldiciones, descubrir y localizar su origen. Alguien dijo:

"-Lo mató, desgraciado."

Cuando volví a abrirlos, los demás corrían por la plaza, tropezando, dando tumbos. El estaba parado muy cerca a mí, con la respiración rota y salvaje. Debía de estar borracho también. Inmediatamente, con el mismo machete se puso a golpear con furia la puerta labrada.

-Usted también es uno de ellos, cura de mierda.

Al fin se calló. La luna estaba alta y grande por encima de las casas de lata de la otra cuadra. Yo seguía llorando en silencio. Me tomó por un brazo.

-Tenías miedo?

-No.

Ese día no me di cuenta de que sangraba. Sólo mucho tiempo después pude enterarme, cuando su cicatriz profunda y seca como un recuerdo. La marca en la ventana.

-Ya es tarde. Ahora entra menos luz.

-Sí.

-Párate de ahí y baja hasta el camino a ver si ya viene. No debe tardar; tendrá que llegar antes de la noche.

-Prefiero esperar aquí.

-Te estoy diciendo que vayas.

-No es necesario. Como usted dice, ya no debe tardar mucho. Porque baje o no hasta el camino, no llegará antes del momento.

-Tienen que ir.

"Tienen que ir", nos decía. Yo no lograba entender por qué en aquel tiempo deseaba que nos fuéramos al otro pueblo. Ella se oponía y lloraba en silencio. ("Yo sé para qué quieres que nos vayamos ahora, Pero algún día no regresaremos y tendrás que ir a buscarnos.")

Y continuaba llorando. Pero él no le hacía caso. Yo no podía entenderlo, pero me llamaba aparte y me decía: "-La otra semana te irás con tu mamá al otro pueblo."

La verdad, yo me sentía feliz. Ahora pienso: golondrina-madre-luz. A fin de cuentas y a pesar de las súplicas y de las lágrimas de ella, nos teníamos que marchar. Yo me ponía contento. Allá el señor Torres nos regalaba dulces a todos los muchachos; ellos eran mis amigos. Un día alguien nos dijo: "-Es un viejo marica,"

Desde entonces lo rehuímos. Yo pensaba: "El señor Patarroyo habla con él en el parque. También debe ser." Pero me gustaba ir por las noches a la esquina de la heladería, pararme en la acera opuesta y ver su sombra en los cuartos del segundo piso y escuchar mientras tocaba el violín. De día no parecía tan triste, pero nos regañaba cuando botábamos las envolturas de los helados fuera de la caneca

Sólo que el pueblo ha crecido demasiado. La última vez que estuve allí, ya no logré ver las antiguas caras conocidas. Sólo había forasteros. He crecido. Tal vez fuera la carretera nueva, con las golondrinas que se han marchado, como si se realizara un intercambio entre ellas y la gente nueva. En el Carmen habían colocado un reloj y suprimido las baldosas tricolores y la gran corona de marmaja. Hasta los árboles parecían más viejos, casi desconocidos.

-¿La ves venir?

-¿No había caído en la cuenta? Desde aquí no se alcanza a ver el camino. Usted quiso que se quedara trunco, tapado por las piedras de la entrada.

-Entonces asómate allá abajo.

-Para qué.

-Te lo estoy ordenando.

Ese día llegamos un poco más temprano que de costumbre. Yo me quedé afuera con los caballos. El entró. Recuerdo que el viento era fuerte y me golpeaba en los ojos. Después escuché el grito, como la queja de un animal herido, en confusión con el viento. Todo empezó a girar sin detenerse en un torbellino oscuro de hojas y recuerdos. Unos minutos más tarde aquello pasó y se hizo de nuevo el silencio.

Entré despacio a la casa. La misma de siempre con sus gruesas paredes vestidas de blanco y humedad. En el salón permanecían los cuadros empolvados, todos mostrándome sus rostros secos y desconocidos. Los nombres. El abuelo, El tío abuelo. La abuela. El, cuando joven.

Todos y la casa y nosotros nacidos de la tierra, semilla caída, no sembrada, sin recordar que poseíamos otra vida anterior más clara. Sí, todos brotando de esa tierra negra del patio, sin escapatoria posible, arraigados completamente. El abuelo, decían, o no, el bisabuelo había estado alguna vez en Europa.

En la otra plaza, en esta de ahora, con la misma ventana abierta, estaba él tirado en el suelo con la mirada perdida en la penumbra. Se quejaba débilmente, casi sin sonidos y ya me expliqué por qué no había escuchado nada más que su grito, y después el viento, al pasar por el salón hacia aquí. Pero su grito sí, como un llamado.

Antes de levantarlo, cerré la ventana. La mujer se acercaba con el niño jugando a su lado. Venían de las otras casas. En aquel preciso momento, el viejo me miró sorprendido. No sé qué pudo pensar, pero quiso hablar y sólo emitió un pequeño gemido.

151

"-No hable; yo iré."

Al tomarlo en los brazos me pareció que se había empequeñecido. Así parecía otro. Distinto a cuando de pie, junto a mí, vociferaba. Lo coloqué sobre la cama de bronce. Al salir de la casa ya había anochecido. Más tarde y por el camino del pueblo las sombras me perseguían, recitándome injurias al oído. "Es un descendimiento", pensé entonces.

Ahora está a mis espaldas, no recuerdo cuánto hace. ¿Antes de ayer? Ó es sólo una disculpa para decir que no lo quiere recordar. Sobre la cama de bronce. Vigilándome. Como si temiera algo.

-Dame los remedios.

-Espérese un poco. Cuando llegue, ella se los dará y yo podré irme a descansar.

-Te cansas?

-Sí, Un poco.

-Me odias, ¿verdad?

-No.

-Sí, por ella y por tu mujer y por los hombres muertos y por tu madre que se marchó y por todo. No tienes que negarlo. Ni decirlo. Lo sé.

-Si fuera así, no se lo negaría. Además, me hubiera ido hace tiempo. Pero no lo odio.

-Esa es otra de tus maneras de sentirte bueno y de querer superarme. Me odias y no sólo te lo callas sino que afirmas lo contrario para encontrarte mejor.

-Cállese ahora. Ya falta poco. Después de que ella llegue todo será como antes y no volveremos a hablar. Creo que nos hemos dicho muchas cosas.

No. No lo voy a aceptar. Si lo cree así, tendrá tiempo de arrepentirse. Debería matarlo. Se siente seguro porque sabe que soy un cobarde y piensa que no sería capaz de hacerlo. Los cuchillos de monte están en la otra habitación muy cerca. Sin embargo, no serían necesarios, pues él está sobre esa cama, sin fuerzas, y no sería difícil lograrlo. No se podría defender. Sí, lo mataría por asqueroso. Cuando llegue ella, para que pierda toda esperanza. Ó antes. No. Antes. Ella no es así. El viejo la obligó. Los dos negociando en el patio. Viejo asqueroso. Lo destruiré, un mal sueño. Lo mataré. Sólo que no sé si seré capaz.

El estaba junto a mí en la plaza. Pasó el hombre gordo y sudoroso.

("-Buenos días, señores.

-Buenos días, señor alcalde -contestaron todos a coro.")

Y ella acercándose cada vez más, con la cabeza alta y hermosa. Cruzando la plaza, el arroyo, avanzando por el camino. Yo adivinaba sus ojos sorprendidos, inundados de luz.

("-Vamos -dijo él.")

La muchacha se alejaba por la calle del ganado. Sólo que en aquel entonces no podía imaginar que esa fuera su casa. Más tarde lo supe.

Ella y la luz, unidas en un solo haz de trigo y verano candente. Los otros la miraron con ojos afiebrados y sucios. Mascullaban no sé qué cosas. Alguno dijo. "-¿Por qué no te has casado?"

El viejo me tomó por el brazo. "Vamos", dijo. Hubiera querido esconderla en el torbellino de los recuerdos y la infancia. Pero él y todos la habían visto, seguramente la conocían y habrían repetido alguna vez su nombre.

Antes sólo la había encontrado en el río, entre las sombras y la luz que se colaba por las ramas de los árboles, sobre el puente y el agua. Pero me había marchado sin que ella cayera en la cuenta de mi presencia y en silencio, sólo para preservarla de cualquier mancha. "-Vamos", dijo el viejo. Y algo comenzó a derrumbarse o simplemente a decrecer.

-¿Cree que lo voy a aceptar?

-¿Qué?

-Que usted la tome.

-Por qué aceptar. Sólo espero que me obedezcas. ¿No es lo convenido?

-¿Y si no fuera así?

-Lo será. Como siempre.

El, en esa vieja cama, perdido y jadeante, rodeado por toda nuestra podredumbre, la misma con la cual nos hemos alimentado y crecido, como cerdos. Viejo asqueroso.

-No. Esta vez no puede ser. ¿No lo entiende? Usted está ahí sobre esa cama quejándose. Yo me levantaré para acabar con la farsa que los dos hemos montado durante todos estos años. Para destruirlo.

-No lo vas a hacer.

-¿Por qué no habría de hacerlo?

-Tienes miedo.

Ahora algo se acerca en el aire, como un canto. Ella viene. Sí. Viene. Pronto estará en el patio del frente de la casa, aceptándolo todo. Mirando hacia esta ventana, herida de la casa hacia afuera, la única abierta. Después todo, ésta también se cerrará definitivamente.

-No.

-Tienes miedo. Como cuando pequeño; y así, no te atreverás a levantarte, ni siquiera a gritar. Nadie podría ayudarte.

-No. Alguna vez tenía que suceder. Ahora que nos encontramos separados por miles de kilómetros Estamos cada uno en el extremo del camino. ¿No entiende? Usted está ahí vencido y no existe nada que me lo pueda impedir.

Me echaba a temblar, cuando el viento iniciaba su carrera, ciego y enloquecido. El me levantaba del rincón en el cual me escondía llorando y me estrechaba muy fuerte. Pero no me dirigía una sola palabra.

En el cañaveral alguna vez me dijo: "-Los hombres estarán en el otro campo."

Y esa pobre muchacha con los ojos feos, refugiada en una casa que no podía contener el deseo del viejo. Ese deseo de animal acorralado. La plaza en sol.

("-Buenos días, señor alcalde.
-No los mate.")

El machete cayó una, cien, un millón de veces. Ella en medio de la plaza como una vela solitaria. Cruzándola, un mar blanco,

("-No me mate.")

El grito ahogado en la noche, como un aire sin salida, pugnando, intentando.

("-Lo mató, desgraciado."
"-Es un asqueroso, como el taita.")

El otro pueblo. Algún día nos iremos para no regresar y entonces tendrás que ir a buscarnos. Golondrina-madre-luz. Esa gran rosa roja. Yo. Todo el ruido y los camiones y las cosas que se marcharon. "-Tienes miedo."

-No podrías hacerlo. Tienes miedo. Naciste con ese temor metido en la carne y en los huesos. Tienes miedo de quedarte solo.

-No.

-Y no me matarás porque soy parte tuya y porque sin mí no eres nada. Un pobre hombre intentando ocultarse.

-¿No entiende?

-No eres nadie ni nada. Necesitas de mí, aun así, viejo y vencido.

-Es tarde.

-No lo harás. Tienes miedo; siempre lo has tenido. Sería como si te destruyeras a ti mismo.

-Todos estos años oscuros hemos sido uno solo. Pero hoy no. Ni nunca más.

Afuera comienza a desatarse el viento y el sol se aleja más. Ella viene. Ahora puedo oír su canto más cerca. Su canto más cerca. No. Nunca más será así. Ella viene con su vestido blanco del río. Puedo cerrar los ojos y verla, como una vela solitaria.

-No podrás hacerlo.

Ella está en el patio. Llegó. Cantando como entre los árboles aquel susurro de voces y palabras.

Ahora vuelvo la vista para ver el rostro del viejo. Vuelvo la vista hacia la cama dorada del padre, del abuelo, mía. Pero él no está. Se ha quedado vacía y muda. El ha desaparecido. Se ha perdido en ese huracán que afuera se inicia.

Se marchó hace un minuto o un siglo. Ó al fin hemos llegado a ser lo que siempre quisimos o detestamos ser. Uno solo. Una mano que se aferra con fuerza sobre la baranda de la ventana.

Ó él nunca existió; sólo yo. Y los retratos viejos. Ó está muerto. Muertos ambos. Muertos como este corazón de tierra al que no quiero escuchar más. Muertos bajo esas piedras inmensas del patio. Ó más allá, bajo los árboles. No sé. No. La cama está vacía y sola. Nadie más habrá de ocuparla. Yo, frente a esta ventana que pronto se ha de cerrar. Y el canto ya ha cesado afuera.

Jaime Lara Meléndez es colombiano, y Doctor en Derecho por la Universidad de Bogotá. Ha colaborado asiduamente en algunas publicaciones periódicas colombianas y es autor de un volumen de cuentos, titulado *DIALOGO*, todavía inédito.

LA ELEGIDA se basa en el supuesto de que las cosas, los acontecimientos o los recuerdos no tienen por sí mismos un valor absoluto, sino que su verdad depende de esa serie de realidades yuxtapuestas, a veces contradictorias, con las cuales, al igual que un rompecabezas, se ha formado un hombre: sus ideas, las generaciones que le precedieron y que le sucederán, sus emociones, sus sentimientos.